

Las guerras secretas De Fidel Castro

JUAN BENEMELIS

De la presente edición, 2015:

© Juan F. Benemelis

© Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia

Tel: +34 91 220 3472

www.editorialhypermedia.com

hypermedia@editorialhypermedia.com

Sede social: Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid

Corrección y edición digital: Gelsys M. García Lorenzo

Diseño de colección y portada: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1508748021

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

JUAN BENEMELIS. (Manzanillo, 1942). Graduado en derecho internacional y en historia. Fue diplomático y asesor gubernamental en diversos países africanos. Autor de decenas de libros, que abordan temáticas como las ciencias, la historia, la política internacional y las culturas africanas e islámicas. Es conferenciante invitado en universidades americanas y colaborador en diversas publicaciones de Puerto Rico, Estados Unidos e Italia. Entre sus libros destacan *El último comunista* (1992), *Fin de una utopía* (2005), *Geopolítica del siglo XX* (2009), *Islam y Terrorismo* (2010), *La transición cubana* (2010), *Transición: teorías y modelos* (2011), *De lo finito a lo infinito* (2011), *El nuevo siglo* (2012), *Islam: civilización y política* (2015), entre otros.

INTRODUCCIÓN

La Revolución cubana que se inicia en 1959, y las estructuras y métodos que implanta, no son un ente extraño trasplantado a los trópicos. Castro no asume las riendas de un país sin política exterior. Desde las primeras décadas del siglo XX, la más grande de las Antillas había ejercido una gran autoridad política, intelectual e informativa en el Caribe, en la América Central, y en países de Sudamérica como Venezuela y Colombia. La diplomacia habanera disponía de una agenda continental influyente, que se desarrollaría dentro de un marco difícil delineado por el desequilibrio que implicaba la convivencia con el «coloso del norte».

La Cancillería cubana –conjuntamente con la de Buenos Aires y Méjico–, delineaba la agenda del continente y fijaba el rumbo de las relaciones entre Washington y América Latina. La Organización de Estados Americanos, el Tratado Militar Interamericano de Río de Janeiro, «la política del buen vecino» del presidente Franklin D. Roosevelt, y otras iniciativas continentales triunfaron porque contaban, además, con el apoyo de la influyente Cuba.

Las tiranías que se sucedían en Colombia, Venezuela, República Dominicana, Haití, Panamá, Guatemala, Nicaragua e incluso Costa Rica se cuidaban del brazo vengador de La Habana. Porque La Habana era la metrópoli siempre abierta a las oposiciones democráticas, el reducto de los exilios políticos antidictatoriales, y sus calles se veían colmadas de intelectuales expulsados por caudillos de la región. Los cubanos alentaron la independencia de Puerto Rico, la nacionalización del petróleo mexicano por Lázaro Cárdenas, el esfuerzo en la Guatemala de los cincuenta, y el derecho de Argentina a las islas Malvinas.

Durante la República precastrista, los cubanos enviaron brigadas a la guerra civil española y se opusieron enérgicamente al caudillo ibérico Francisco Franco; sus combatientes lucharon al lado de Haile Selassie cuando Etiopía fue invadida por Benito Musolini; prepararon expediciones, como la de cayo Confite¹, para derrocar a los dictadores Rafael Leónidas Trujillo y Anastasio Somoza; conspiraron contra el tirano haitiano Francois Duvalier. Asimismo, los cubanos se involucraron en los disturbios del *bogotazo* en Colombia y en la política doméstica de Panamá. Determinados a expulsar por las armas a todos los déspotas del área, organizaron a fines de la década del cuarenta la famosa Legión del Caribe, donde figuraron Rómulo Betancourt, José Figueres, Juan José Arévalo, Juan Bosh, y Luis Muñoz Marín, entre otros.

Entre 1933-1952, los gobiernos constitucionales de Fulgencio Batista, Carlos Prío Socarrás y Grau San Martín patrocinaron numerosos congresos opositores de intelectuales y estudiantes. De esta hermandad libertadora desovaron varias insurrecciones en esa época, como fue el caso de Perú, Bolivia, Guatemala y Costa Rica, la mayoría de las cuales fracasó. El retablo político de los partidos y de los líderes cubanos que se forma al calor de la tempestuosa revolución de 1933, de la constitución de 1940, de la vanguardia estudiantil de posguerra y de los grupos terroristas revolucionarios conformaría, tanto como el marxismo, la doctrina de la exportación de la revolución de Castro. La violencia como método para demoler gobiernos y asumir el poder era punto insoslayable en la plataforma de casi todas las piñas opositoras tradicionales cubanas.

Ya la lucha contra Batista contenía en germen las coordenadas de la violencia política posterior: los secuestros, el asesinato político, las guerrillas rurales y las urbanas. Los primeros secuestros de aviones fueron realizados por el régimen de Castro en los años 1959 y 1960 desde los Estados Unidos. La victoriosa insurrección que coloca en la maquinaria de poder a los guerrilleros de Castro se transforma en un catalítico de dimensiones globales porque la violencia política tradicional criolla irrumpe en un escenario internacional de cambios trascendentales.

Ni el estado de derecho, soberano y territorial, ni la paz, ni la ley internacional resultarán las normas a regir en la posguerra regida a golpes de explosiones atómicas. Varios factores de trascendencia global propiciarán la proliferación de los estados de poder, la violencia y los conflictos militares. En primer lugar, el florecimiento de la doctrina comunista en la Europa oriental; en segundo, la desaparición de los estados euro-occidentales como potencias de primer orden; en tercero, el vacío de poder provocado por la descolonización; y finalmente, el No-alineamiento afroasiático.

La exportación de la revolución como concepto nace realmente con la fase napoleónica de la revolución francesa. Cien años más tarde, los bolcheviques diseñarían el derrocamiento del capitalismo por la fuerza en las periferias económicas del globo. Si en los bolcheviques primó el horror de verse aislados, en Castro tal situación cumplió la función de engrandecer su estatura política, de aturdir por el terror a los Estados Unidos y aliarse a la Unión Soviética.

Con las llamadas luchas de liberación nacional, las guerras políticas paramilitares fueron retomadas como doctrina de combate junto a una ideología que invalidaba los sistemas no socialistas y allanaba lo que se denominó operaciones de baja intensidad. En esta situación, la audacia

caudillista de Castro, parió el fenómeno de la «espada purificadora» cubana, donde la revolución por la violencia y el asesinato político constituían su credo.

Un tinte de mesianismo y una simbólica búsqueda de identidad en el Tercer Mundo y dentro del bloque soviético lleva a Castro a exportar la revolución, coincidiendo con la irrupción del poder militar del *Imperium* Soviético, y con su interés, y el del universo sino-céntrico, de pronunciarse fuera de las planicies extraeuropeas. Fueron los momentos de la alineación económica y militar con la URSS, del cisma chino-soviético, de su diferendo antinorteamericano y de las independencias afroasiáticas.

Además de paladín de los países subdesarrollados y personalidad dominante de la escena no alineada, Castro entrará a formar parte del bloque soviético en momentos en que la URSS se consolida como superpotencia militar, cuando irrumpe fuera de la masa continental euroasiática y labora por el enterramiento del *imperialismo* norteamericano. El comunismo romántico que pretendió encarnar la revolución cubana inflamó la visión antioccidental de muchas élites intelectuales, estudiantiles, profesionales, sindicales y políticas en África y en América Latina. Es así que envuelto en un No-alineamiento controversial por su dependencia al bloque soviético, y con una teología apocalíptica, Castro luchará por convertirse en el portavoz del comunismo. En África, Medio Oriente y América Latina, la silueta familiar de Castro, tocada con un puro en la boca, será mitificada debido a su posición antiyanqui, y también a sus planteamientos en favor de la liquidación del colonialismo y de la influencia neocolonial.

El carácter tribal y el propio entorno rural mantendrían a la masa africana y a la indiada latinoamericana en calidad de espectador distante, alejado, e impasible ante el entusiasmo dogmático de los conjuntos armados urbanos, excitados por jefes fanáticos, que se autodenominarían sus representantes. La exportación revolucionaria devoraría como Saturno a sus mejores hijos: Patricio Lumumba, Woungly Massaga, Bakary Djibo, Pierre Mulele, Camilo Torres, Jorge Masetti, Luis de la Puente Uceda, Ernesto Che Guevara, Giangiacomo Feltrinelli, Francisco Caamaño, y muchos otros.

* * *

Nunca en la historia contemporánea un país tan pequeño y escaso de recursos ha ejercido la influencia internacional de Cuba en los últimos decenios. Ni la revolución China, ni el tercermundismo hindú, ni el nuevo marxismo europeo, ni el naserismo, ni el prototipo tanzano, ni más adelante el sandinismo se

granjearían en estos últimos decenios la mitológica proyección alcanzada por los guerrilleros cubanos en el poder, que invadió los mapamundis.

Con desconcertante rapidez los cubanos fundaron uno de los más extensos aparatos de espionaje del mundo a pesar de que Cuba carecía de una tradición en esa rama. Esa prolongación paramilitar de corte fascista llegó a ser la tercera del planeta, después de la KGB y de la CIA, no solo por el volumen de personal y el extenso número de operaciones en todas las latitudes, sino por los objetivos y la efectividad de las mismas.

Ni el Mossad israelí, ni los servicios secretos franceses o ingleses han conseguido desplazarse en un radio de acción tan vasto y de forma tan sistemática. Ni la Libia de Muamar Khadafi o el Irán del Ayatolá Khomeini han acumulado la experiencia, la ramificación operacional, los recursos, la infraestructura y las alianzas de que ha dispuesto el castrismo para desatar la violencia en todos los continentes.

Los cuerpos secretos cubanos, la DGI, el Departamento América y la Inteligencia Militar lograrían dominar con celeridad no solo la ordenación de las acciones encubiertas sino también la falsificación de documentos, el entrenamiento de agentes y el procesamiento de información. Mostrarían además un sólido grado de profesionalismo en la implantación de redes de espías en otros países; en la penetración de gobiernos, ejércitos e instituciones civiles; en la adquisición de secretos. Como si esto fuera poco, Cuba perfeccionará la organización de ataques fulminantes terroristas, de guerrillas, de golpes de estado, de ejecuciones individuales, de campañas de desinformación, de tentáculos para el narcotráfico, de transferencia tecnológica, de lavado de dinero, de comercio ilegal y también el desmantelamiento de su propia oposición política.

Cuba lograría montar maquinaciones de espionaje o subversión en casi todos los países de América Latina y África. Sus servicios, con flexibilidad felina, golpearían simultáneamente en blancos estratégicos del mundo árabe y del asiático, desde Marruecos en el Mediterráneo hasta Vanuatu en el Pacífico. Entre los beneficiados se encontrarán los separatistas vascos de España, y los nacionalistas de Irlanda del Norte, los tribeños Moro de las Filipinas, y las células beligerantes comunistas de Bélgica y la Hizb-Allah. Estados Unidos, Canadá, Europa Occidental y Escandinava y Turquía no escaparían al frenético trajín de los espías cubanos. En resumen, en una sorprendente paradoja de la historia, Cuba ha tenido participación militar en todas las agrupaciones políticas africanas de liberación y en todas las revoluciones latinoamericanas que han existido desde 1960, a las que también ha suministrado ayuda financiera y material. En palabras del historiador Andrew Conteh «ningún otro

país del tamaño de Cuba y pocos con más recursos, pueden igualar la proyección mundial de la política exterior cubana»².

Muy poco se conoce sobre el grado de complejidad y las dimensiones de la subversión cubana fuera de los círculos militares y de la inteligencia. A partir de que Castro asume el mando en 1959, un verdadero racimo humano, alrededor de 25 000 personas de diversos continentes y filiaciones ideológicas, entre ellos 10 000 latinoamericanos, recibirán entrenamiento de guerrilla y terrorismo. Se calcula que alrededor de otros veinte millares de peregrinos han acogido cursos políticos. A finales de 1966 Cuba había establecido más de 12 campos internacionales de entrenamiento guerrillero.

Castro se ha desparramado por toda la superficie del planeta promoviendo la guerrilla en el medio rural y el terrorismo urbano; despachando brigadas armadas y alquilando guardias pretorianas para mandatarios de las junglas tropicales africanas; transfiriendo tecnología occidental al bloque soviético y promoviendo la narcoguerrilla. Cuba ha facilitado el abastecimiento de armas y municiones a elementos radicales dedicados al derrocamiento de gobiernos, tanto los autoritarios como aquellos elegidos electoralmente; ha costeado y brindado asistencia material a infinidad de organizaciones desde los desiertos del África hasta las junglas centroamericanas.

Los elegantes arrabales habaneros han servido como el principal terreno de entrenamiento ideológico y militar para las jóvenes generaciones del Tercer Mundo, proveedora de mercenarios para los escenarios bélicos de América Latina y África, y base principal de operaciones para planificar y ejecutar la guerra psicológica, guerra de guerrillas, golpes de estado y otras formas de operaciones de baja intensidad en partes dispares del mundo no comunista³.

Es interminable el número de estados latinoamericanos y africanos que en los últimos treinta y tres años han sido blancos de la marcha de los centauros bárbaros de Castro. Lo mismo puede decirse de las organizaciones terroristas internacionales que se han beneficiado de la bestialidad inteligente de los cubanos. Castro se ha inmiscuido en la batalla anticolonial, ha atentado contra gobiernos legalmente establecidos, ha participado en contiendas civiles en otros países, ha aupado la piratería aérea y el tráfico de drogas, y llevó al mundo al borde del holocausto nuclear. Hasta el día de hoy, Castro sigue desplegando campañas de desinformación en Occidente y alimenta un vasto cuerpo de espionaje. Los ejércitos cubanos funcionaron con los designios imperiales de Moscú.

Los combatientes internacionalistas cubanos llevarán al poder al movimiento angolano MPLA. Los soldados de La Habana operarán en el desierto etíope del

Ogadén y en Eritrea. Los cubanos servirán de instructores militares en los campos de terrorismo de Khadafi. Fungirán como los guardaespaldas de gorilas que velaron por la seguridad del sangriento exdictador guineano Francisco Macías Nguema; todo será parte de la gran empresa del internacionalismo proletario⁴.

Castro transformaría a Cuba en un estado mayor de lucha armada, terrorista, militar, y de inteligencia contra los Estados Unidos. En su empeño arrastraría consigo a toda una generación de latinoamericanos y africanos, y en muchas ocasiones a una cautelosa Unión Soviética, y probaría su capacidad para golpear diversos objetivos en lugares dispares, y para descubrir, identificar y explotar conflictos locales genuinos o evitables. Fue doble el error de no considerar el terrorismo y la contienda guerrillera como una verdadera guerra librada en una forma peculiar, ni a sus promotores como enemigos frontales.

Los actos de sabotaje en Beirut y en Kuwait; el terrorismo en aeropuertos europeos y en aviones en pleno vuelo; el asesinato por motivos políticos del italiano Aldo Moro, del presidente libanés Bashir Gemayel, del mandatario egipcio Anuar El Sadat, y de los primeros ministros de la India; el fallido atentado al papa Juan Pablo II, todos se inscriben en una agenda de violencia desencadenada en los primeros años de la década de los sesenta con la revolución cubana. La magnitud y el dinamismo del castrismo en el exterior, y en especial en el África, y el haber convertido la Gran Antilla en la nación más influyente de Latinoamérica, resultarán en extremo suicida para su economía y para su pueblo que pagaría un precio exorbitante: la casi extinción de la nación.

* * *

Mucho más que una consecuencia de la Revolución y de su enfrentamiento a Washington, la militarización cubana fue la piedra de toque del castrismo, que empujó la evolución del proceso socialista hacia el dilema de la construcción nacional o el carácter internacionalista. Así, el desmoronamiento imperialista abogado por el foco guerrillero, urbano o rural, se transfiguraría en el substrato primordial, en el género agresivo de la revolución cubana. Este fue el dogma victoriano que escindió a la rapaz vanguardia bolchevique en sus primeros años de poder, y que en Cuba habría de cobrar una forma inusual. Ambas estrategias han ocupado alternativamente el epicentro, con desiguales grados de énfasis y resumidos en el decorado de poderío y gloria de una persona: Castro. La militarización y su impronta internacional responden a la débil estructura social y al vacío institucional de su economía monoprodutora

que se ven aupados por la índole de su participación exterior, por el origen guerrillero de la élite política, y por el carácter autocrático de Castro.

La estructura y mecanismos de la monstruosidad totalitaria cubana arrancan también de los preceptos bolcheviques, pero contienen además reflejos primitivos del coloniaje ibérico, en cuyo contexto la personalidad protagónica del líder o caudillo se coloca por encima de los mecanismos políticos, administrativos e incluso militares. No ha sido difícil a Castro imprimir su signo inequívoco en cada acto de política exterior en una Cuba carente de instituciones democráticas.

La incapacidad de las primaveras antiestalinistas del eurocomunismo y del maoísmo para explotar el decadentismo de Occidente llevaría a que las generaciones del sesenta y de los setenta buscasen en el castrismo «la revelación en el camino de Damasco». Con la revolución cubana retornan nuevamente los conceptos de la ética del hombre nuevo, florece el nuevo marxismo, el voluntarismo histórico de las vanguardias, el quebrantamiento de los viejos moldes de conducta y de moral social, la rebeldía juvenil, el retorno a la vida natural, el rechazo al consumismo, la canción protesta, el intelectual comprometido, los collares y pelos largos e incluso el desaliño individual.

La extensión exterior del modelo castrista, la más desconcertante política provocadora de los tiempos modernos, buscaría su consolidación como pequeña potencia militar en islas, estrechos y territorios claves de dos continentes: África y América Latina. Lo ha hecho utilizando una red de organizaciones pantallas que le ha permitido unificar recursos y percepciones ideológicas dentro del antiguo bloque soviético y entre los movimientos de izquierda.

En el ámbito del continente americano el castrismo resultará traumático; pondrá en discusión la vieja prerrogativa intervencionista de la doctrina Monroe americana; aniquilará el reformismo de las «suizas democráticas» del continente como Uruguay y Costa Rica; polarizará las fuerzas sociales entre los revolucionarios armados y las juntas dictatoriales.

Las obligaciones globales de las potencias europeas en otras latitudes dejaron en África un vacío de poder que se hizo evidente en los años sesenta. Salvo la crisis congoleña y el conflicto nigeriano de Biafra⁵, nada alteró tanto las cancillerías como el aprovechamiento de tal vacante por parte de Castro. Las riesgosas peripecias del dictador de Cuba en el Cono Sur latinoamericano y en el Mar Rojo complicarían la carrera entre la Unión Soviética y los Estados Unidos por el Océano Índico, y llegaría hasta una posible confrontación entre unidades blindadas cubanas y sudafricanas.

El compromiso castrista con una ética marxista nunca ha sido orgánico, pese a su anterior dependencia con la Unión Soviética y al actual postulado de pasar a la historia como el último comunista. Por tal razón su régimen presentará además un listado de vinculaciones moralmente dudosas: el espadón argentino Carlos Videla; los golpistas brasileños; el panameño Manuel Noriega; Ramón Mercader, el asesino de León Trotsky; el narcotraficante Pablo Escobar; el prófugo de la justicia Robert Vesco; el asesino de la Rue Marbeuf: Ilich Ramírez Sánchez (Carlos, El Chacal); el tirano ibérico Francisco Franco; los africanos Khadafi, Mengistu Haile Mariam, Idi Amín Dada e incluso el emperador caníbal Jean Bedel Bokassa.

Todo esto se desplomó al combinarse una serie de factores en su contra: la reforma en el bloque soviético, la reevaluación de las prioridades en la política exterior de las grandes potencias, la contracción de la URSS de los salientes críticos del Tercer Mundo, y la propia presión de la deuda externa cubana. Hasta ese instante la historia parecía estar al lado del socialismo, bajo los aullidos y las arengas de una legión de demagogos y falsos mesías, y por tanto Castro, como gurú de la revolución tercermundista, se hallaba en el bando de los vencedores.

Pero de pronto los eventos se precipitarían en su contra: las revelaciones de su conexión al narcotráfico, la democratización de la América Latina, los acuerdos de paz sobre Angola que impuso la retirada de su legión extranjera, la irrupción norteamericana en Panamá, y la guerra del Golfo Persa. La historia no daría la razón al marxismo. El *gladnost*, la caída del muro de Berlín, y el colapso de la URSS situaron a Castro en la categoría de gobernante arcaico; defensor de un sistema que el mundo entero ha repudiado.

Capítulo 1 La guerra de guerrillas

Si África ha sido el continente del tribalismo, y Europa el de la «partidocracia», América Latina sería fábrica de revoluciones y del caudillismo. Este continente abrumado por la violencia acunaría apóstoles y líderes providenciales, partidos políticos alzados en torno a un hombre, y masas populares cautivadas por el don de la palabra.

La nueva izquierda latinoamericana surgiría al calor de la estrategia de liberación nacional del *aprismo*, y se caracterizaría por su virulento antiimperialismo, salpicada de peronismo y de revolución mexicana. Esta siniestra se presentó con furia exterminadora; de ella nace la vocación revolucionaria del continente. El unipartidismo se oficiaba en ciertos países: no solo había sido la bandera de las pequeñas capillas comunistas del continente, sino también estaba implícito en el partido PRI mejicano, en el APRA peruano, y solapadamente en el justicialismo peronista. De ahí surgen también la vocación totalitaria del continente y los regímenes de draconianas restricciones.

En los primeros días del triunfo de la revolución cubana, en enero de 1959, los jefes guerrilleros de Castro concibieron la idea de fomentar la guerra de guerrillas en aquellos lugares del continente donde fuera posible. ¿Por qué en una fecha tan temprana Castro había decidido enarbolar el mensaje de que Cuba debía diseminar su revolución por toda América Latina? Embriagado de victoria, Castro ya soñaba con un protagonismo continental y mundial como la mejor forma de la permanencia de su dominación sobre Cuba, puesto que estaba determinado a destruir la influencia de Estados Unidos en el continente.

Algunos han visto la estrategia de la exportación de la revolución, por parte de Castro como una reacción defensiva ante la alegada hostilidad de Washington hacia el nuevo régimen cubano de 1959. Estos observadores consideran que tal animosidad norteamericana forzó a que Castro se lanzara como actor internacional para ubicar a sus aliados revolucionarios en el poder en cualquier país donde se proclamasen, buscando una unidad hemisférica contra los Estados Unidos.

Un cuidadoso examen de los hechos revela que Castro, mucho antes del choque con Estados Unidos, desde los primeros días del triunfo revolucionario, había acelerado de manera singular el proceso de la subversión continental, promoviendo la lucha armada. Empujado por su ego insaciable, Castro consideró la exportación revolucionaria como un medio para extender su influencia personal a través de América Latina. Posteriormente, en la medida que Moscú mostró su aquiescencia a ayudarle y nuevas oportunidades se abrieron en África, Castro, con un deseo casi evangélico, expandió sus operaciones desarrollando una estatura política mundial.

Las colonias de exilados latinoamericanos en los Estados Unidos y Méjico se dieron cuenta pronto de que el gobierno de Castro estaba en disposición de ofrecer sus quijotescos impulsos para liquidar el yugo de la banda de déspotas locales. Castro, su hermano Raúl, Che Guevara y Camilo Cienfuegos⁶ eran los portavoces y contactos de las delegaciones. El 17 de enero de 1959 en un discurso en La Habana, el Che Guevara se daría a conocer como uno de los apóstoles de la revolución; con la serenidad de un buda expresó ante las cámaras de televisión lo que sería luego el nódulo central de su teoría de la violencia: «un grupo pequeño de hombres decididos, apoyados por el pueblo y sin miedo a morir si fuera necesario, puede llegar a imponerse a un ejército regular disciplinado y derrotarlo definitivamente... a revolución no está limitada a la nación cubana, sea este el primer paso hacia la victoria de América»⁷.

En su visita a Venezuela a fines de ese mes, Castro adelantó la idea de crear una organización con la finalidad de lanzar la lucha por todo el Caribe. Así comenzó a llegar a La Habana una ola de latinoamericanos. De inmediato se organizó un plan entre Castro y el Che Guevara para principiar la hostilidad en la República Dominicana, Haití, Nicaragua, Paraguay y Panamá. Para febrero de 1959 se asentaron lazos con aquellos elementos que habían ayudado desde diversos países a los combates de Castro en Cuba. Por intermedio del Che Guevara se entabló contacto con los partidos comunistas locales para instituir la red clandestina de aprovisionamiento y finanzas.

EL CASO PANAMÁ

La vinculación histórica de Cuba con Panamá es uno de los casos especiales del continente. Incluso, el partido comunista de Panamá, estaba subordinado al de Cuba durante la época anterior a Castro. La decisión de promover un régimen estilo cubano en Panamá, precipitó la primera gesta subversiva de Castro en América Latina. El 16 de abril de 1959, el diario *La Estrella* de Panamá publicó alarmado que se avecinaba una invasión de Panamá por extranjeros mercenarios y con el condominio de algunos panameños que se encontraban en Cuba. La primera agresión del castrismo se lanzaba contra este Istmo anclado en pleno corazón continental.

El entrenamiento de 200 hombres en Pinar del Río estuvo a cargo del jefe guerrillero Dermidio Escalona. La expedición armada, integrada por unos 82 cubanos, dos panameños y un norteamericano, estaba dirigida por el cubano César Vega, un viejo compañero universitario de Castro y expedicionario de cayo Confite, que llamaba la atención con sus pómulos salientes y su mirada

de poseso. A bordo de la motonave cubana Mayarí, partió el grupo desde el surgidero de Batabanó, al sur de La Habana, hacia Panamá el 19 de abril, y desembarcó en un lugar conocido como Playa Colorada, para secundar un alzamiento armado que se había originado en el cerro Tute. El día 22, la guardia panameña hizo prisioneros a dos integrantes del contingente, un estudiante panameño de apellido Picans y un cubano de nombre Gilberto Betancourt, que había sido capitán de las células de acción y sabotaje del Movimiento 26 de Julio en La Habana, y que posteriormente fue fusilado en Cuba por oponerse al gobierno de Castro.

Para zanjar el diferendo, el gobierno de Cuba cooperó con la Organización de Estados Americanos al remitir a dos miembros del departamento de inteligencia del ejército, el capitán Armando Torres y el teniente Fernando Ruiz⁸, para que instasen la rendición de los expedicionarios, y el esfuerzo se vio coronado por el éxito cuando Vega se reunió en la zona del Canal de Panamá con la delegación de la OEA. La invasión fue un fracaso desde el primer instante, al naufragar las barcasas en las marismas y riscos de Nombre de Dios, donde hubo la única baja de la acción, un cubano que se enamoró y se casó con una bella panameña del lugar; los invasores, por otra parte, escogieron una zona demasiado desolada para la guerra de guerrillas, y al final tuvieron que ser rescatados por buques de la marina de los Estados Unidos. El primero de mayo, Vega capitulaba ante una comisión de la OEA. Esta intrusión para derribar al gobierno del presidente Ernesto de la Guardia, fue el fruto de una compleja intriga latinoamericana, donde se complotaron varios personajes, entre ellos el procastrista Rubén Miró, el doctor Roberto Arias, y un *gigoló* panameño casado con la bailarina británica Margot Fonteyn.

A la sazón, Castro se hallaba en un viaje a los Estados Unidos y Canadá, y este fracaso se transformó en un punto de fricción para el cubano en la prensa y los círculos políticos de muchos países. Castro se reunió con Raúl en Tejas, para que este le notificase los pormenores del fiasco panameño; sería la primera y última vez que ambos hermanos se hallarían simultáneamente fuera del país.

TRUJILLO «CHAPITAS»

Castro siempre había tenido en la mirilla al dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, hombre de voluntad de hierro que mantenía celosamente en su puño las riendas del poder en Quisqueya. En 1948, un Castro enardecido por las cruzadas y las lecturas del fascista español Primo de Rivera, había formado parte de una expedición organizada en Cuba para invadir la República Dominicana y derribar a Trujillo.

La poderosa sombra de Trujillo se inmiscuía constantemente en la problemática cubana; existen incluso evidencias de un vínculo entre Trujillo y el movimiento insurgente de Castro para derribar al general Batista: «las armas utilizadas por Frank País en los motines de Santiago de Cuba han sido suministradas por el dictador de Santo Domingo, Trujillo, quien está empeñado en derribar a Batista. Prío se ha entrevistado con Trujillo en un yate en las costas de la Florida y algunos de sus amigos recibieron entrenamiento militar en Santo Domingo. Emisarios de Trujillo habían conversado con Fidel en México y aportado algunas armas y dinero para la expedición del Granma»⁹.

Desde las primeras semanas del triunfo de la revolución, Castro, el nuevo ídolo continental, había iniciado el entrenamiento en las montañas cubanas a un grupo de dominicanos que en su mayoría fueron reclutados en los Estados Unidos, mientras la emisora oficial habanera, *Radio Rebelde*, desencadenó un barraje de transmisiones hacia Haití y Santo Domingo llamando a la rebelión.

El 14 de junio de 1959 todo estaba consumado; varios yates artillados, un guardacostas y tres fragatas, conjuntamente con tres C-46, un B-26 y un P-51, del ejército cubano, secundaron desde la provincia oriental el lanzamiento de la «operación domeñar», que comprendía un desembarco combinado de 200 cubanos y dominicanos en las playas de Constanza y Puerto Plata bajo el mando de los oficiales de Castro: comandante Delio Gómez Ochoa y capitán Enrique Jiménez Moya. Este último, compañero de Castro en la malograda correría de cayo Confite.

Castro envió a Caracas, a quien en aquel entonces era su ministro de defensa, Augusto Martínez Sánchez, para recabar el apoyo a esta invasión del presidente venezolano Rómulo Betancourt, enemigo histórico de Trujillo; pero el mandatario venezolano no ofreció su beneplácito público a la expedición armada, contrariando al cubano. Los servicios secretos de Trujillo no tuvieron que realizar un gran esfuerzo para conocer los planes de Castro carente de bizantinas sutilezas, y el dictador, con la pechera llena de condecoraciones y engastado en su bicornio napoleónico, esperaba con todo su ejército movilizado. Los invasores, abrumados por calamidades naturales, fueron rodeados y aniquilados y el comandante Gómez Ochoa fue capturado en los arrabales costeros.

Trujillo ordenó que no se hicieran prisioneros entre los apresados en Constanza y Maimón; su ejército privado entró en el cerco, armado con machetes, y con ferocidad persiguió a los invasores en medio de mangles y charcas, cortándoles las manos a los prisioneros cubanos y dominicanos, que morían desangrados. El saldo de esta matanza de crueldad sin par sería de 217 muertos, ningún

herido y 7 prisioneros; entre los cadáveres se hallaban los jefes cubanos Jiménez Moya y Horacio Rodríguez.

El exiguo apoyo que tuvo en el consternado continente esta invasión dominicana, impidió que Castro lanzara un segundo contingente que esperaba sus órdenes en el poblado oriental de Baracoa. El delegado dominicano ante la OEA, embajador Virgilio Díaz Ordóñez, solicitó a esta organización que pusiera en práctica el procedimiento de consulta previsto en el Tratado de Río de Janeiro, pero el consejo no accedió por encontrarse República Dominicana bajo una dictadura rechazada en el continente. En su lugar, convocó a una reunión de consulta de cancilleres en Santiago de Chile¹⁰.

OPERACIÓN «TONTON MACOUTES»

Así comenzó la correría de Castro por Haití; era el 14 de agosto de 1959, un mes después de la fracasada intentona en la República Dominicana. El nuevo ciclo de violencia, la «operación Haití», había cobrado forma el mismo día que Castro llevó a cabo su apoteósica entrada triunfal en La Habana, el 8 de enero de 1959. El delegado de Castro en Haití durante la insurrección, Antonio Rodríguez Echazabal, casado con una escultural haitiana y vinculado a la oposición duvalierista, sostuvo una larga entrevista con el nuevo hombre fuerte de Cuba, donde se estableció el pacto para lanzar una segunda versión de la revolución cubana en las montañas occidentales de la isla La Española.

Rápidamente se conformó el mando político-militar con Louis Dejoie, Daniel Fignole, el coronel Pierre Armand y Augusto Mamperás Dejoie. Se desató un frenético reclutamiento en las colonias haitianas en Nueva York, Méjico, las Bahamas, Caracas y en la propia Cuba. En La Habana no se hablaba de otra cosa, y los curtidos guerrilleros de Castro y el Che Guevara se disputaban el figurar en la aventura. Era difícil conservar la lucidez en una isla enloquecida; así, el campamento militar fue levantado en el poblado de Jamaica, cerca de La Habana, y la oficina central de alistamiento funcionaba a la luz del día, a pocos metros del céntrico Paseo del Prado.

Por ese lugar pasaron más de 500 voluntarios; la organización Triple-A, dirigida por Aureliano Sánchez Arango, que igualmente luchó con sus guerrillas contra Batista, ofreció las embarcaciones necesarias. La emisora cubana *Radio Progreso* comenzó a trasmitir una programación en francés, dirigida a los conspiradores dentro de Haití. Los cubanos aumentaron la parada y el esbozo original incluyó una segunda fase para asaltar inmediatamente la República Dominicana; Castro no perdonaba la reciente derrota que había encajado a manos de Trujillo.

Pese a las inexistentes medidas de seguridad, alrededor de este hervidero conspirativo y de las denuncias de un nervioso Francois Duvalier, Washington no lo tomó en serio ni tampoco los servicios franceses, ni el receloso dictador dominicano Trujillo. Un contingente de cubanos secundado por varios haitianos, acaudillados por los oficiales del ejército de Castro, comandante Henry Fuentes y el capitán Ringal Guerrero, desembarcó en Les Irois, el 14 de agosto, para derrocar a Duvalier. Fuentes, argelino de padres españoles, había servido en el ejército francés, participando en las insurrecciones argelinas encabezadas por Ben Khedda; además de integrar la contienda guerrillera cubana contra Batista en la sierra del Escambray. El primer grupo estaba formado por 18 cubanos, 10 haitianos y 2 venezolanos, el cual debía sumarse a una columna del ejército haitiano, que supuestamente se amotinaría. Tres días después, el canciller haitiano, Louis Maré, acusaba de agresión a Cuba ante una estupefacta conferencia de cancilleres del continente reunida en Chile, que se desayunaba con la noticia asombrosa de la invasión cubana a Haití.

La reacción militar haitiana, encabezada por el general Mercerón fue de íntegro apoyo a Duvalier, quien concentró toda su soldadesca en las montañas de Caracause y el día 20 de agosto estalló el conflicto que concluyó desfavorablemente para las armas cubanas. Muy pocos de los invasores lograron escapar a esta breve y monstruosa matanza. Los periodistas eran llevados al teatro de los acontecimientos donde apreciaban aterrados la hilera de cadáveres.

El gobierno haitiano denunció la intromisión cubana en la reunión de consulta de cancilleres, en Santiago de Chile, convocada tras la protesta dominicana en junio, reiterada en la comisión interamericana de paz, ante la cual se definió la acción dirigida desde La Habana como un caso típico de intervención, violatorio de la convención sobre deberes y derechos de los estados en caso de luchas civiles, suscrita en la capital de Cuba en 1928. La subcomisión del organismo regional visitó Haití y entrevistó a cinco prisioneros cubanos supervivientes de la referida expedición, entre ellos, Manuel Rodríguez, Santiago Torres, Antonio Panseca, Osmani Escalante¹¹. Haití rompió relaciones con Cuba, y el líder rebelde haitiano, Louis Dejoie, escapó de La Habana hacia Miami, donde fue arrestado¹².

EL INTENTO NICARAGÜENSE

La vida política y económica nicaragüense ha estado polarizada por dos facciones tradicionales que a su vez han comparecido con el sandinismo: los

liberales anticlericales de León, y los conservadores tradicionalistas de Granada. Asimismo, han sido dominados por focos dinámicos de familias patriarcales del país, entre las que resaltan los apellidos Debayle, Lacayo, Sacasa, Agüero, Baltodano, Cardenal, Carrión, Chamorro, Cuadra, entre otros. La lucha de los grupos que integraron el Frente Sandinista contra el dictador Anastasio Somoza reflejó, en última instancia, la rebeldía de varias de estas familias contra el dominio generacional de la vieja oligarquía socioeconómica.

Carlos Fonseca Amador, quien será el principal líder sandinista hasta su muerte en 1976, había entrado en relación con los cubanos desde muy temprano, a través de Raúl Castro, durante el sexto festival mundial de la juventud celebrado en Moscú en 1952. En ese mismo año, dos años antes de tomar el poder, un Castro guarecido en México sostenía vínculos con los coroneles nicaragüenses Manuel Gómez Flores, Carlos Pasos, Francisco Frixione y Enrique Lacayo, exilados a su vez. Castro y los nicaragüenses sellarían un pacto donde prometían ayudarse mutuamente en caso de que alguno ascendiera primero al poder. En los meses iniciales del triunfo de la rebelión cubana, dos conjuntos nicaragüenses fueron atendidos en La Habana. Por un lado, el conglomerado de los juramentados con Castro en Méjico, compuesto por elementos anticomunistas entre los que despuntaba Pedro Joaquín Chamorro, y que era atendido directamente por el jefe guerrillero cubano Camilo Cienfuegos. El otro círculo, encabezado por Fonseca Amador y de clara inclinación izquierdista, se hallaba bajo la sombra protectora del Che Guevara.

El régimen de Castro adquirió las armas, clandestinamente, en los Estados Unidos. La intrusión fue lanzada por partes, durante los días 31 de mayo y 1 de junio de 1959, empleando aviones cubanos y el yate *Nola*. El 28 de mayo de 1959 un transporte de las fuerzas armadas cubanas condujo hacia Centroamérica un importante alijo de armas que fue recibido por el comunista Marcial Eguiluz para las presuntas guerrillas nicaragüenses. En esa oportunidad, Joaquín Chamorro viajó a La Habana para solicitar el sostén de Castro a las incursiones de Olama y Mollejones en mayo-junio de 1959; pero tanto Fidel como el Che Guevara decidieron conceder un amparo menor a este proyecto y fomentar los planes del marxista Fonseca Amador.

En una temprana maniobra planificada en Cuba, Chester Lacayo y otros cabecillas de los que realizaron con Castro el pacto de Méjico fueron detenidos por órdenes del Che Guevara y enviados a la cárcel, a la vez que se anulaba la invasión del comandante César Roca que había logrado reunir 35 hombres. Apoyado por el Che Guevara, Castro había decidido que una invasión de Nicaragua sería efectuada por elementos de izquierda.

El 1 de junio el comando de nicaragüenses zarpaba del sur de La Habana bajo el liderazgo de Joaquín Chamorro consumaba la correría hacia el departamento de Chontales. Tras su captura, Joaquín Chamorro admitiría que se había entrevistado con Castro y el Che para gestionarse la asistencia bélica. En junio, Castro envió un transporte de su fuerza aérea a Punta Llorona, una playa de Costa Rica, con 13 500 libras de armas y municiones a bordo. Los pasajeros del avión eran seis exilados nicaragüenses, un costarricense naturalizado y un grupo de cubanos. El plan era irrumpir en Nicaragua y auxiliar al levantamiento ya en marcha contra el régimen de los Somoza.

La unidad armada que estaba comandada por Fonseca Amador, se introdujo en territorio nicaragüense bajo el nombre de columna Rigoberto López Pérez. En este intento de invasión figuraba también Rafael Somarriba, un teniente de la Guardia Nacional nicaragüense, que se había encargado del entrenamiento en Cuba. Los 75 asaltantes, divididos en 4 columnas, se encaminaron hacia Chontales y Matagalpa.

Los encuentros bélicos se suceden en Matagalpa, Chontales y Blue Fields. Esta operación se malograría en pocos meses ante la sorprendente apatía de la población local¹³. Ya para agosto, la Guardia Nacional del dictador Somoza había dado cuenta de tales cuadrillas. Entre los caídos se encontraban varios soldados cubanos. El refuerzo, que esperaba en Cuba, no se pudo embarcar; asimismo, un grupo cubano que viajaba en el navío Nuevitas fue detenido en el puerto mejicano de Yucatán.

La aventura de Castro en Centroamérica, fue denunciada al consejo de la OEA por Nicaragua Después, el gobierno nicaragüense indicaría que, de las tres goletas que habían zarpado de Cuba, una navegaba a Cozumel, Méjico, y las otras dos derivaban a Puerto Cortés, Honduras. Otro intento serio de irrupción originado en Cuba tuvo lugar en 1960; esta vez utilizándose el territorio hondureño. Es allí donde Fonseca Amador, Tomás Borge, un puñado de instructores cubanos y 55 reclutas, entre ellos Silvio Mayorga y Humberto Ortega, crearon el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). En la formación de los sandinistas participaron el coronel Santos López, de la guardia de Somoza y excompañero de Augusto César Sandino. Quintín Pino Machado, el entonces embajador cubano en Managua y hombre de confianza de Fidel y de Raúl Castro, ayudó a la constitución del FSLN y seleccionó personalmente a sus dirigentes.

El 23 de junio, una compañía del ejército de Honduras cercó y destruyó las fuerzas de Fonseca Amador en El Chaparral, capturando documentación que incriminaba directamente a Cuba en la expedición. Fonseca Amador resultó gravemente herido; él y Borge se refugiaron en La Habana donde trabaron

relación directa con el Che Guevara y con Castro. A la sazón, Fonseca Amador también contaba con la asesoría del marxista mexicano Víctor Tirado López. Posterior al triunfo sandinista, y desde su cargo de Ministro del Interior, Borge revela la temprana conexión con Cuba: «De Costa Rica yo fui a Cuba. Participé en el Congreso de Juventudes Latinoamericanas. Eso fue cuando conocí al Che Guevara. Me llevaron a su oficina. Le expliqué con gran entusiasmo que le traía saludos de la juventud de Nicaragua. (El) estuvo de acuerdo con darnos la asistencia económica que le había pedido; eso fue en 1961»¹⁴.

El Salvador resultaba un país con tensos problemas agrarios debido a su densidad demográfica y a la concentración de la propiedad rural en una reducida oligarquía. Todos los detonantes para el estallido de la situación social se recogían en El Salvador, incluso con más agudeza que en Nicaragua. Una élite militar-terrateniente señoreaba el país, manteniendo la polarización social y la pobreza urbana. La diplomacia e inteligencia habanera siempre consideró a El Salvador como un sitio de alta vulnerabilidad.

En diciembre de 1960, el gobierno salvadoreño se hizo de documentación confidencial de La Habana donde se incriminaba al diplomático cubano Roberto Lasalle por financiar actividades subversivas en el país. Se demostró que los cubanos habían entregado \$600 000 al salvadoreño Roberto Carias para desencadenar acciones violentas en territorio nacional. El gobierno expulsó a Lasalle, junto a René Rayneri, Armando Velázquez y José M. Valdés, los otros representantes cubanos implicados en tal designio. El informe detallaba las orientaciones de Raúl Castro sobre la necesidad de proveer instrucción bélica a naturales salvadoreños, el uso de dicho país centroamericano como un puente para los sediciosos nicaragüenses, y el atizar los problemas fronterizos con Guatemala. Uno de los borradores mencionados detallaba cómo los servicios cubanos buscaban afanosamente toda la información posible sobre las familias más poderosas del país.

El 17 de julio de 1961, el director de la Guardia Civil de Costa Rica, coronel Sidney Ross, da la noticia del descubrimiento de un complot de Castro para fomentar actos subversivos en Costa Rica, Nicaragua y Panamá que propiciarán el derrocamiento de los respectivos gobiernos de esos tres países. El coronel Ross hizo pública la existencia de pistas de aterrizaje clandestinas al norte del país que Cuba había estado aprovechando para despacharle armas a los insurgentes nicaragüenses¹⁵. Costa Rica decidió suspender las relaciones con Cuba, pero algunas semanas después

«[e]l 12 de noviembre, apenas el gobierno (de Costa Rica) acabó de anunciar la violación del espacio aéreo por aparatos cubanos que volaron sobre la zona de operaciones para llevarles armas y provisiones a los insurrectos

nicaragüenses, cuando San José se estremeció con la noticia de que el comandante de la Guardia Civil, Alfonso Monge, y tres de sus subordinados, había sido muertos durante un encuentro con un grupo de expedicionarios que se disponía a invadir Nicaragua»¹⁶.

Con más detalles a la vista, el ministro de gobernación costarricense, Joaquín Vargas, expidió una nota esa misma noche dando cuenta de un número indeterminado de bajas por ambas partes y de la captura de seis rebeldes. Subrayó que en las guerrillas había varios cubanos. Apenas una semana después, el rotativo *Últimas Noticias* enteraba que el gobierno de Costa Rica estaba al tanto de las intenciones para derrocar al presidente Mario Echandi para cuya consumación el régimen de Castro había suministrado un cargamento de pertrechos por la zona bananera¹⁷. En 1962, Fonseca Amador y el coronel Santos López, establecieron con subsidio cubano un campamento en Honduras, en el río Putaca, con miras a preparar otra invasión de Nicaragua.

No sería hasta mediados de 1963 que el preliminar foco guerrillero sandinista lograría aposentarse en la faja del Río Coco, cuando Santos López, Borge y Modesto Duarte encabezan un contingente de 60 hombres adiestrados por La Habana, que entre junio y octubre se posesiona del poblado de Raití. El intento careció de éxito. La columna de Santos López experimentó un descalabro en el entronque de los ríos Coco y Bocay; Borge sería batido en Sang-Sang con numerosas bajas, por lo cual necesitará refugiarse en Matagalpa para recuperarse. El «foco guerrillero» también fracasó en su intento de procurarse el abrigo de los indios Miskito y de la población local. Ya para octubre, los restos de esta columna se habían desbandado hacia Honduras, donde la mayoría fue hecha prisionera.

Capítulo 2 La subversión latinoamericana

Castro había considerado que la desestabilización del continente latinoamericano provocaría una fuga del capital nativo y una contracción de las inversiones norteamericanas, hecho que unido a un amplio esquema de sabotaje a las instalaciones económicas crearía las condiciones materiales para su estrategia de la violencia. Castro no se queda tranquilo y decide probar suerte con el otro espadón del continente, el paraguayo Alfredo Stroessner. En noviembre de 1959 lanza hacia Paraguay una insurrección de casi 100 guerrilleros que se habían concentrado en Brasil, mientras poderosas emisoras clandestinas desde Cuba llenaban las frecuencias de Asunción con su mensaje bélico. Pero las fuerzas militares de Stroessner liquidaron con rapidez este ambicioso proyecto.

En el verano de 1960, Castro, en un intento de rabia y frustración tratará de desestabilizar nuevamente a la República Dominicana con el alzamiento del Movimiento 14 de Junio, que terminó en otro desastre. En agosto de 1960 se comprobó en enlace de la embajada cubana en Perú en el financiamiento del movimiento insurreccional de Cerro de Pasco. Dos meses después, el embajador cubano Luis Alonso huía de Perú al descubrirse sus conexiones con los guerrilleros en las montañas.

El estrepitoso descalabro de estos seis intentos iniciales llevó a una reconsideración de los métodos por parte de Castro y del Che Guevara, quienes decidieron que en lo adelante se llevaría a cabo una preparación más minuciosa antes de precipitar cualquier hostilidad. Se estimó conveniente intensificar el entrenamiento de aquellos grupos latinoamericanos que deseaban lanzarse a la lucha, en acantonamientos especiales que se creaban al efecto. De inmediato se habilitaron las escuelas de guerrillas en las localidades de Minas de Frío, El Cortijo, Siguaná y Ciudad Libertad. En Trinidad se arregló un campo de preparación para haitianos, guyaneses y centroamericanos; la escuela en San Pedro se abrió para los sudamericanos; y en la zona de Las Tunas se creó un sitio para las guerrillas venezolanas.

Cuba contó de inmediato con una gran potencialidad para los «agentes de influencia», o como se denomina en inteligencia, «clubes de inocentes», que se fundan para coordinar el apoyo de aquellas causas en boga. Estas organizaciones solidarias concederán a La Habana una cobertura excelente para emplazar sus verdaderos agentes de espionaje. Así, no le fue difícil a Castro conseguir la penetración a vasta escala de las burocracias gobernantes en América Latina. Entre 1959-1966 alrededor de 6 000 jóvenes latinoamericanos recibieron instrucción militar especial en estos centros. Se decidió, además, aprovechar más a fondo los problemas internos de los países seleccionados y las circunstancias sociales explosivas, particularmente con los estudiantes y los campesinos. Esta primera cruzada de Castro estaba

amparada por una intensa propaganda que trataba de legitimar el derecho a la acción violenta y buscaba desacreditar el reformismo y la democracia electiva, que estaba echando raíces en la vecina Venezuela, así como enfatizar el viejo resentimiento contra los Estados Unidos.

COLOMBIA

El caso más prominente de intervención cubana en el área de Centroamérica y El Caribe sería el de Colombia. Fidel Castro siempre tuvo un interés especial en este país, donde mucho antes de su triunfo en Cuba, estrenó su primera experiencia personal para desatar la subversión en el exterior. En abril de 1948, Castro encabezaba una representación estudiantil internacional en Colombia cuando se une al grupo de promotores de los famosos disturbios conocidos como *el bogotazo*. La delegación estudiantil cubana estaba formada por Castro, Rafael del Pino Siero, Aramis Taboada, Alfredo Esquivel, Alfredo Guevara, Enrique Ovarés y Rafael Rodríguez Cervera. Asimismo, se le sumaron los puertorriqueños Juan Juarbe Juarbe y José Enamorado Cuesta. Los gastos de la comisión cubana fueron cubiertos por el caudillo rioplatense Juan Domingo Perón.

Allí se hallaba a la sazón un nutrido conjunto de cuadros marxistas internacionales: Laszlo Rajk, Miso Rutijch, Salvador Ocampo, Gustavo Machado, MacKinnon Damón, Luis Fernández Juan Eugene Kerbaul, Blas Roca, Milo Persic, entre otros. Poco antes de embarcar, Castro fue arrestado en la aduana de La Habana; en su equipaje se hallaba una amplia diversidad de textos: literatura marxista, escritos de Wilfredo Pareto, tomos sobre el fascismo. También se encontraba un plano de la ciudad de Bogotá donde estaban marcados los mismos sitios que luego resultarían asaltados.

Al despedirse de Mirta Díaz Balart, su novia y más tarde su esposa, Castro le comentó que «iba a empezar una revolución en Colombia»¹⁸. Castro frecuentó la embajada de Argentina en Bogotá, donde según su compañero de aventuras, Rafael del Pino, recibió las partidas de dinero que los peronistas enviaban por mediación de Diego Luis Molinari, presidente del comité de relaciones exteriores del senado bonaerense.

Castro ya era conocido por la policía del continente como un gangstercillo habanero a las órdenes del temible Emilio Tró, capo de la Unión Internacional Revolucionaria (UIR). También se sabía de su coparticipación en el atentado que liquidó a su opositor, el líder estudiantil Manolo Castro; de la emboscada contra Leonel Gómez, y del asesinato del sargento de la policía universitaria Caral.

El asesinato el 9 de abril de José Eliecer Gaitán, candidato presidencial y líder del Partido Liberal, desencadenó los acontecimientos y dio al traste con la IV Conferencia Panamericana de cancilleres preparada por los Estados Unidos. En el caos social interno precipitado por el bogotazo, los comunistas casi llegaron a tomar el poder. En consecuencia, en Colombia se sumaron los intereses del peronismo y del comunismo para destruir la política de Washington en el continente latinoamericano.

Tras estallar los motines y conocerse la muerte de Gaitán, Castro se ligó a las bandas armadas que se concentraron en el pico de Monserrate, instando a los colombianos con su arenga para que asaltasen las oficinas de la presidencia. La policía de Bogotá se dio a la caza de aquel Castro de apenas 21 años, oscuro lidercillo estudiantil, gatillo alegre de una banda terrorista cubana, y sobre quien pesaban sospechas de participación en el atentado.

Castro buscaría refugio en la embajada cubana en Bogotá. Mientras tanto, el gobierno colombiano deportaba al resto de los estudiantes extranjeros y rompía relaciones con la URSS el 3 de mayo de 1948. Años más tarde, ya en el poder en 1960, el propio Castro describía al periodista hindú Kurt Singer su parte en los sucesos de Colombia

«escapé del arresto merced a la intervención del Dr. Guillermo Belt, embajador cubano en Washington, quien me puso a bordo de un avión de carga. Mi odisea había concluido. Yo, el estudiante de derecho, el revolucionario y el guerrillero, no había logrado libertar a Bogotá. Sentía la parálisis de la impotencia. No obstante, me sentía persona importante»¹⁹.

El bogotazo dejó parte de la ciudad en ruinas y una estela de cinco mil muertos. La evidencia del intento de golpe comunista fue dada a conocer por la reseña del secretario general del Partido Comunista de Méjico, Dionisio Encina, al delegado para la América Latina de la internacional comunista, el COMINFORM, Jerónimo Arnedo Álvarez:

«El COMINFORM nos ordenó sabotear la IX Conferencia Panamericana enviándonos la CTAL y el Partido Comunista de Méjico técnicos y ayuda política y financiera. Por esta razón nosotros alentamos al líder José Eliecer Gaitán a dirigir el movimiento sedicioso. Desgraciadamente, Gaitán no aceptó, escogiendo así su destino. La verdadera causa de la muerte de Gaitán es conocida de usted: era necesario convertirlo en un mártir que condujera el pueblo colombiano a levantarse y unirse»²⁰.

En mayo de 1960 tiene lugar en La Habana una reunión entre Castro, el Che y un puñado de colombianos, entre quienes destacaba Juan de la Cruz. El Che Guevara y Castro acordaron asistirles con dinero, armas y entrenamiento para

precipitar una actividad guerrillera en Colombia. En marzo de 1961 se descubre una red subversiva en Colombia alimentada por los cubanos Antonio Prisco Porto, Blanca Díaz Collazo y el militar Máximo Grever, quien servía de instructor a los «alzados» en Sumapaz. El equipo cubano aprovisionaba también a las falanges guerrilleras que operaban en la franja de Antioquia.

A pesar de estos obstáculos, Castro se las arregló para seguir financiando las actividades de los elementos promotores de la violencia en ese país. En agosto de 1962, la policía política colombiana acusó al coronel panameño Bolívar Villarino de haber dispuesto el embarque de armas cubanas a las guerrillas. Dicho tráfico clandestino de ingenios bélicos se hacía por vía aérea a través del golfo de Uraba, Antioquia y el Valle, y se venía efectuando desde 1959.

Colombia rompió relaciones con Cuba en 1963, ante la desembozada naturaleza subversiva de Castro. Como represalia, la actividad insurgente cobró nuevos bríos con el arribo ese mismo año de un piquete de terroristas entrenados en Cuba. Los combatientes se hicieron fuertes en los valles del Cauca, Caldas y Tolima. Se sucedieron los desórdenes, los sabotajes, y los ataques rebeldes; el capitolio nacional en Bogotá fue sitio de varias explosiones en julio; un mes después estallaba en la capital un verdadero concierto de bombas. En abril se atajó un importante contrabando de armas oriundo de Cuba. Fueron también interceptados instrucciones y mensajes provenientes de La Habana donde se orientaba que escuadras rebeldes de Venezuela cruzaran la frontera y ejecutaran acciones de conjunto con los colombianos, como en efecto lo cumplieron.

En la populosa ciudad de Barranquilla se movía un dispositivo de cubanos pertenecientes a los servicios secretos que se había infiltrado en el país. Las autoridades venían rastreando la pista de esta célula dedicada a promover y supervisar el terrorismo urbano y proporcionar la logística a los insurgentes. Finalmente, el 5 de julio cae bajo la jurisdicción del ejército regular, el cubano Fabio Fermín Fernández y con él se desploma toda la red clandestina. En agosto se desmanteló un complot en la base militar de Cartagena, y se capturaron varios legajos de documentos que hacían patente la vinculación de Cuba y específicamente el propósito de Castro en hacer coincidir el pronunciamiento de los cuarteles con un doble atentado al presidente de Colombia, Guillermo León Valencia, y al de Venezuela, Rómulo Betancourt.

El 13 de agosto, el presidente colombiano en una locución nacional que conmovió al país y a la vecina Venezuela manifestó que su gobierno y el de Caracas disponían de pruebas de un complot preparado por las altas esferas de Cuba, cuyo designio era el asesinato de los dos presidentes. En esos mismos días tiene lugar, en los bordes limítrofes, un diálogo de emergencia entre uno y

el otro mandatario para examinar la agresiva política de Castro hacia los dos estados y hacia la zona. El jefe de gobierno colombiano expresó en la misma que las medidas económicas contra Cuba no eran suficientes y solicitó el apoyo de Venezuela para lograr sanciones continentales más enérgicas.

En noviembre fue detenido en Barranquilla, el revoltoso izquierdista Alejandro Gómez Roa, quien declaró trabajar para los servicios cubanos. El 13 de abril de 1964, el comandante de la fuerza naval colombiana del Atlántico, Jaime Parra, revelaba que se estaban empleando pesqueros soviéticos estacionados en Cuba, para suministrar material logístico a la oposición colombiana. El canciller Fernando Gómez anotó a su vez que los trámites de armas se hacían desde Cuba²¹.

Con la contribución absoluta de Castro, el colombiano Manuel Marulanda (alias Tiro Fijo) se alzó en las borrascosas cordilleras de su país, reuniendo un heterogéneo apiñamiento de jóvenes novelescos, curtidos comunistas y forajidos del área. El 17 de marzo de 1965, los hombres de Marulanda saquearon el villorrio de Inza, incineraron los edificios públicos y «ajusticiaron» a varios vecinos del lugar. Dos días después, el ejército arrestaba en el vecindario de Simacola a nueve salteadores que habían recibido adiestramiento en Cuba. La situación era insostenible y el 21 de mayo el presidente León Valencia tuvo que decretar el estado de sitio. La violencia y el pánico continuaron en ascenso durante todo el año 1965, poniendo al borde del colapso la administración de León Valencia. El gobierno colombiano movilizaría su infantería que ocuparía numerosos parajes que le permitiesen lanzar ofensivas masivas contra los cabecillas insurgentes Ciro Trujillo, en la zona de Río Chiquito, Fabio Vásquez en el departamento de Santander, y Marulanda; este último había creado, en la cadena central de los Andes, la República Independiente de Marquetalia.

PROYECTO GUATEMALA

Guatemala fue uno de los proyectos donde más enconadamente se precipitaron Castro y el Che Guevara desde un principio; sobre todo porque Guatemala había concedido bases de entrenamiento para los cubanos exilados que participaron en la abortada invasión de Bahía de Cochinos. Pero mucho antes de su ascenso al poder ya la larga mano de Castro había terciado en el terrorismo guatemalteco. Carlos Castillo Armas, que siguiendo órdenes de los Estados Unidos había derrocado al régimen promarxista de Jacobo Arbenz Guzmán, fue asesinado en 1957. En aquel momento no se supo de donde

había partido la orden del atentado; pero el misterio quedaría develado, años más tarde, por boca del dominicano Ricardo Bonachea León.

El 4 de mayo de 1964, el gobierno azteca extraditó a Guatemala al tal Bonachea León, que había sido el principal proveedor de armas al bando de Castro en los días de la insurrección antibatistiana. Bonachea, junto con Alberto Canet Acosta (otro cubano seguidor de Castro), había colaborado en el asesinato de Castillo Armas. Un día, Canet apareció ahorcado; atemorizado, Bonachea declaró que Canet había sido el ejecutor central del crimen por orientaciones de Castro, y que él era un mero agente del dictador dominicano Trujillo infiltrado entre los cubanos para conocer sus planes. Por supuesto, La Habana siempre silenció los pormenores de esta oscura historia.

Fue el argentino Che Guevara quien dio el siguiente paso en la promoción de la violencia al realizar un pacto secreto con el depuesto presidente guatemalteco Arbenz en el mismo año 1959, por medio del cual los cubanos se comprometían a restablecerle en la presidencia. Los servicios secretos de Guatemala enteraron al entonces presidente Miguel Idígoras Fuentes de que el Che Guevara había ampliado el susodicho complot con los líderes comunistas Francisco Villagrán, Mario Chávez, Francisco Ponce, Luís Valcárcel y Edmundo Guerra Teinheimer.

Cubanos y guatemaltecos habían hecho arreglos para un golpe de fuerza en el año 1960. Desde abril comenzaron a sucederse las visitas y la entrega de equipos bélicos a viejas capillas comunistas de Arbenz, como la de José Manuel Fortuny. Así se fueron «alzando» las cuadrillas de insurgentes en las serranías del país, a cuyo frente se encontraba un antiguo camarada de Arbenz, el coronel Carlos Paz Tejeda. En agosto de 1960, el gobierno de Idígoras hizo públicas las pruebas acumuladas sobre esta vasta conspiración dirigida por el Che Guevara y Castro. Un mes después, Juan Larcos, agente cubano detenido por los guatemaltecos, ratificó en su confesión el plan que se había delineado en su país. El 3 de octubre, la fuerza aérea guatemalteca atacó la goleta *La Cubana* mientras ésta trataba de realizar un desembarco en la costa atlántica. Al huir, la embarcación cubana embarrancó en Cozumel, y en Méjico estalló el escándalo.

Nuevamente caen informes en manos del gobierno guatemalteco que develaban las intenciones específicas de Castro: desembarcos en Omoa y la Barra (Honduras) combinados con agresiones a Puerto Barrios, Cobán y Mazatenango; episodios de sabotaje en las principales ciudades, y el establecimiento de comunicaciones directas con La Habana mediante una estación de radio que se instalaba en Senahu. Los cuerpos de vigilancia secretos del área detectaron una actitud inusual en Cuba; fueron los

mexicanos quienes dieron la alarma: Castro había prohibido los vuelos internacionales por encima de la provincia occidental de Pinar del Río; era allí, precisamente donde estaba acantonada la fuerza expedicionaria cubano-guatemalteca, lista para entrar en acción.

El 13 de noviembre estalló un complot en el aeródromo militar de Zacapa y en Puerto Barrios, donde figuraron los oficiales del ejército Rafael Sesam, Arturo del Cid y Marco Yong Sosa, quien sostenía los contactos con Cuba. Aparatos de la fuerza aérea cubana sobrevolaron la comarca aprovisionando a los rebeldes. El presidente Idígoras asumió personalmente la conducción de las operaciones militares y todo el continente se levantó indignado contra Castro. En Honduras fue sorprendida una columna capitaneada por oficiales cubanos que pretendía internarse en las montañas para prestar su concurso a los sediciosos. Al verse liquidado el levantamiento, Yong Sosa se encerró en las sierras con una tropilla de seguidores.

El delegado de Guatemala en las Naciones Unidas demandó una sesión urgente del Consejo de Seguridad de la ONU para debatir la intromisión cubana. Dwight D. Eisenhower, presidente de los Estados Unidos, aprovechó la oportunidad para lanzar una dura advertencia a La Habana, desplazando una flota de guerra cerca de las aguas jurisdiccionales cubanas. La Unión Soviética le pediría a Castro «moderación». La cancillería guatemalteca expresó en todos los foros diplomáticos del continente que «el comunismo debería ser desalojado de Cuba mediante la acción armada, tal como se preveía en el Pacto de Río», agregando posteriormente que si no había acuerdo continental al respecto «Guatemala asumiría unilateralmente una acción positiva»²².

Dos años después, en febrero de 1962, Yong Sosa abriría el frente guerrillero en la Sierra de Minas tras recibir abundante logística militar de Cuba y lograr estructurar una red encubierta urbana de abastecimientos. Manuel Piñero Losada (alias Barba Roja) jefe de los cuerpos de inteligencia de Castro, había instituido en Cuernavaca, Méjico una armazón de ayuda logística a las tropas de Yong Sosa. El siniestro personaje cubano Julián López, de larga trayectoria en la región, fue sorprendido pasando armas abiertamente por la frontera mejicana, por lo que fue declarado persona *non grata*.

Desde Cuba, la radio trasmitía continuamente instrucciones a los sediciosos. El presidente Idígoras volvería a mostrar nuevas pruebas documentales que denotaban la violación de la soberanía guatemalteca por parte del gobierno de Cuba. En las ciudades guatemaltecas se desató una ola de considerable brutalidad. Ningún alto miembro del régimen de La Habana, ni siquiera el propio Castro, ocultó su participación con estos hechos. Todo lo contrario: La

Habana gritaba a todo pulmón que había patrocinado un segundo frente de guerra: el de la FAR, bajo el liderazgo de Luis A. Turcios Lima.

Toda suerte de asaltos, actos de intimidación, atentados a militares y figuras gubernamentales, secuestros, sabotajes con bombas, asaltos a caseríos y demás se escenificó entre 1962 y 1963. El 19 de diciembre de 1963 eran exhibidos ante la opinión pública del país seis miembros de la resistencia armada. Los detenidos detallaron la preparación recibida en Cuba, la cual había favorecido la instalación de pequeñas manufacturas caseras de explosivos en diversas localidades del país. Fue como un ensayo del método que luego se usaría en el Uruguay y en la Argentina cuando se implementa el apoyo a los Tupamaros, los Montoneros y a las Brigadas Rojas.

En febrero de 1965, la despotía militar de Peralta Azurdia decretó el estado de sitio ante la intensificación del violento impulso opositor. Durante la conferencia Tricontinental en La Habana, en 1966, Turcios Lima fue aclamado a viva voz como el representante legítimo de la insurgencia guatemalteca. Mientras su facción era alentada por el equipo de Castro, el Che Guevara mantenía su convencimiento de que las guerrillas de Yong Sosa, abigarrada de trotskistas debían también percibir socorro bélico. No obstante, Castro haría inclinar la balanza de la conferencia en favor de Turcios Lima.

LA ESPÍA DE DETROIT

En los primeros meses de 1959, el gobierno de Castro envió a Detroit, en un cambio rutinario de su consulado, a una mujer de belleza exótica, culta y de extensa experiencia diplomática: Margarita Quintana. Margarita había sido agregada cultural en Taiwán y en la India y se había desplazado por varios países del lejano Oriente; conocía Europa y hablaba varios idiomas²³. Durante su actividad como cónsul en Detroit, la agradable cubanita, que trabajaba para los servicios secretos de Castro, se relacionó con el ingeniero norteamericano Robert Braun, especialista en el manejo de instrumentos electrónicos, dueño de un laboratorio que suministraba equipos especiales a la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos²⁴. Las relaciones entre Margarita y Braun se hicieron más íntimas; luego de excursiones a Montreal y Toronto, el matrimonio culminó en Detroit, en diciembre de 1959.

En plena luna de miel, Margarita y Braun desaparecieron de los Estados Unidos y se domiciliaron en Cuba, dejando preparadas para su envío a La Habana, todas sus pertenencias que sumaban 25 cajas y paquetes. En mayo y junio de 1960²⁵, el equipaje fue llevado al consulado cubano en West Palm Beach para ser reembarcado hacia Cuba, como rezaba en las franquicias. Durante la carga,

EDITORIAL HYPERMEDIA

Infanta Mercedes 27. 28020 — Madrid
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com
+34 91 220 34 72

uno de los bultos llamó la atención de los oficiales aduaneros e intervino el FBI que retuvo el equipaje pese a las airadas protestas del cónsul y de la cancillería cubana²⁶.

Tras una larga batalla judicial con los representantes cubanos, el 9 de agosto de 1961 se obtuvo la orden legal para realizar la inspección ¡Era un pequeño laboratorio atómico! Se ocuparon métodos de identificación semejantes a los usados por los Estados Unidos para reconocer aviones en pleno vuelo, un sistema de control para bombarderos B-52, instrumentos para reconocimientos aéreos y planos de equipos clasificados²⁷. Más sorprendente fue el hallazgo de documentos que relacionaban a la pareja con el espía de secretos relacionados con la energía nuclear Klaus Fuchs, así como las pruebas de que Braun sostenía contactos regulares en Detroit con el agregado comercial soviético, a través de su esposa²⁸.

El rompecabezas fue armándose y en febrero de 1964, se conoció del emplazamiento de bases subterráneas en la provincia de Pinar del Río, supervisadas por el director del programa electrónico de Castro, nada menos que el ingeniero Braun, quien en cooperación con un equipo de ingenieros cubanos y soviéticos, donde figuraba Nicolás Yepylev, laboraba en la instalación de equipos electrónicos muy adelantados para una estación de rastreo de satélites en Cuba. La agencia de noticias francesa *France Press*, ofrecía la noticia de que Cuba se había convertido en una potencia electrónica equipada para vigilar toda la navegación marítima y aérea del Caribe y la costa oriental de los Estados Unidos²⁹.

Los designios de Castro de reclamar las islas del Cisne, localizadas a mitad de camino entre Cuba y Honduras, no fructificarían en el continente y solo dejarían recelo, incluso entre los aliados castristas en ese país. Castro quería obtener las Islas del Cisne y también Puerto Cortés, en Honduras; este último, utilizado históricamente por negociantes y aventureros cubanos para contrabandear cargamentos de madera y más tarde, transformado por Castro en un paraje para infiltrar guerrilleros, agentes y alijos de armas, aprovechándose de los cargueros que navegaban por el golfo de Honduras hasta Belice³⁰. El propio presidente hondureño, Villeda Morales, realizaría en enero de 1961 una locución angustiada ante las amenazas de Castro³¹ «yo confieso que somos incapaces de dominar la influencia castrista en Honduras por nuestros propios medios. No podemos derrotarla solos ni puede hacerlo ningún otro país centroamericano. Necesitamos un esfuerzo colectivo. Los países deben abandonar su actitud pasiva».

Ya para 1963, Castro está experimentando reveses en sus esfuerzos por subvertir con guerrillas la América Latina, agravados por su sorda disputa con

varios partidos comunistas. Sin penas ni glorias, comienzan a languidecer los grupos trotskistas peruanos de Hugo Blanco, los colombianos de Pedro Antonio Marín, las huestes brasileñas de Francisco Juliao y el MIR venezolano.

CON LA KGB

Los servicios secretos soviéticos, la KGB, detectaron de inmediato la potencialidad de Castro, basado en los criterios de su oficial residente en México, Nikolai Sergevich Leonov, quien se había entrevistado varias veces con el cubano en 1955 cuando este le solicitó ayuda en armas y dinero para derrocar a Batista³². Los tanteos íntimos de Castro con la URSS principian en julio de 1959, cuando el jefe de sus servicios de seguridad Ramiro Valdés, inicia una serie de entrevistas secretas en Méjico con diplomáticos soviéticos y miembros de la KGB³³.

Desde mayo de 1959 se hallaban en Cuba los agentes soviéticos Timofey Eremiev, Ivan Arpov y Vadim Listov, este último conocido por sus trabajos encubiertos en América Latina y, posteriormente, uno de los hombres claves en el establecimiento de la organización subversiva Organización Latinoamericana de Solidaridad, con sede en La Habana. A estas alturas, los soviéticos se hallaban favorablemente impresionados por la audacia de Castro ante las narices de Washington, y deciden promover su persona y revolución, y proyectarle como un actor internacional.

En el otoño de 1959 una delegación militar encabezada por Raúl Castro visitó Checoslovaquia con la intención de buscar ayuda militar, armamentos y colaboración de inteligencia. En octubre, mientras Raúl Castro se hallaba en Praga, una delegación cultural soviética, encabezada por Alexander Ivanovich Shitov (alias Alekseiev) experimentado miembro de la KGB, que había servido en Europa y en múltiple países latinoamericanos, en especial Argentina, era despachado a La Habana como corresponsal de la agencia noticiosa TASS, aunque en realidad su misión era discutir con Castro la apertura de relaciones diplomáticas Moscú-La Habana. Alexeiev, más tarde, asentaría los principios estructurales de los cuerpos de inteligencia cubanos, y sería nominado embajador soviético en Cuba, a pedido expreso de Castro. Asimismo desarrolló una amistad personal con el Che Guevara y trabajó con este en la selección y entrenamiento de agentes latinoamericanos para la inteligencia cubana y para la KGB³⁴.

La KGB envió a Cuba alrededor de un centenar de consejeros en seguridad e inteligencia para organizar los servicios secretos de Castro. Muchos de estos agentes soviéticos eran españoles exilados de la Guerra civil que laboraban

para la KGB. Uno de ellos, el veterano militar Enrique Lister Farján, organizó de inmediato los Comités de Defensa de la Revolución, un sistema de vigilancia por cuadradas. Los especialistas de la KGB asesoraron el novel servicio de inteligencia de Castro, bajo el nombre de «Sección M», transformado luego en Dirección General de Inteligencia, al mando del comandante Piñeiro. Ya para 1963, se inicia el entrenamiento sistemático y anual de oficiales de la inteligencia y seguridad cubana en territorio soviético. Alrededor de 1963, Harry Philby, el famoso miembro de los Servicios de Inteligencia británicos que trabajaba para la URSS, luego de su huída a Moscú visitó a Cuba donde ofreció seminarios para los servicios secretos cubanos.

En el exterior, las embajadas, misiones comerciales, y representantes de otras instituciones, comienzan a ser utilizadas como pilastras de los servicios secretos. Los blancos elegidos serían los estudiantes, las minorías negras norteamericanas, los movimientos que lidiaban por la independencia o contra gobiernos constituidos. Los núcleos exteriores de espionaje más valiosos fueron avecindados en Méjico, Francia y Checoslovaquia (esta última, tránsito y contacto de agentes de la DGI destacados en África, Medio Oriente y Europa).

Cuba recibió de la URSS su enorme y centenaria experiencia en el cifrado y descifrado de mensajes, así como en la técnica de intercepción de correspondencia privada. De esta forma comienza a edificarse un instrumento de análisis que, junto a la subversión y a la red de centros ilegales, resulta ya una maquinaria por encima de las posibilidades de un país pequeño como Cuba. Desde los comienzos del sesenta, los soviéticos actúan como consejeros en los lugares de instrucción de guerrilleros africanos y latinoamericanos, organizados por un departamento llamado Liberación. Este promoverá los focos guerrilleros y la subversión urbana en el exterior, y trabajará, además, con las agrupaciones marxistas, grupos religiosos, maoístas, nacionalistas radicales y terroristas. Liberación creará las milicias y las célebres guardias pretorianas a figuras como Sekou Touré, Alphonse Massemba-Debat, Macías Nguema, Gastón Soumaliot, Salvador Allende³⁵.

La etapa que cubre, desde la victoria rebelde en enero de 1959, a la Crisis de los Cohetes y los comienzos de la disputa chino-soviética, es el período de la virulenta confrontación del castrismo con Estados Unidos, de la complejidad en que se enmarcarán las relaciones de La Habana con Moscú, y es el lapso donde se echarán los cimientos para aupar la subversión a escala considerable. En los esfuerzos por penetrar la agencia norteamericana más secreta, la Agencia de Seguridad Nacional, con su residencia en Fort Meade, la KGB logró reclutar en 1959 a dos criptoanalistas de esa agencia: Bernon F. Mitchell y William H.

Martin, los cuales se trasladarían a Cuba que sería utilizada como trampolín para los contactos de espionaje soviético en Estados Unidos³⁶.

Los descalabros originales en el continente americano liquidan la etapa romántica de la revolución para dirigirse hacia intereses políticos y estratégicos muy definidos. La Habana vocifera la exaltación al ultranacionalismo y a los regímenes marxistas, mientras en silencio teje compromisos en África, entrena febrilmente legiones de extranjeros y extiende como una mandrágora sus redes de espionaje en Europa y América Latina.

LA INVASIÓN

La victoria militar obtenida por Castro en Bahía de Cochinos, contra una brigada de cubanos exilados armados y entrenados por Estados Unidos, le ayuda a estabilizarse internamente, convenciendo a la burocracia soviética de que su régimen resultaba un instrumento valioso para el Tercer Mundo. Al finalizar el XXII congreso del PCUS, en octubre de 1961, tuvo lugar una reunión secreta de la alta dirigencia soviética (Nikita Jruschov, Frol Kozlov, Mijaíl Suslov, Boris Ponomarev) con la delegación cubana encabezada por Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez y los representantes latinoamericanos: Jesús Faría, de Venezuela; Jorge del Prado, de Perú; Elio Rojas, de Paraguay; Luis Corvalán, de Chile; Rodney Arismendi, de Uruguay; Pedro Saad, de Ecuador; Jiraldó Rodríguez DosSantos, de Brasil; Raúl Ruiz, de Bolivia; Gilberto Vieira, de Colombia; Juan Ducoudray, de República Dominicana y Victorio Codovilla, de Argentina. El cónclave soviético-latinoamericano acordó favorecer en todo lo posible la política de Castro en América Latina y precipitar la toma del poder por todas las vías. En el mitin, la URSS sugirió se aceptase la supervisión de los comunistas cubanos hacia el resto de los partidos en América Latina. El número de periódicos locales comunistas del continente se elevaría entonces a 200 en 1962 y La Habana prácticamente inundaría las capitales de América con propaganda.

La inferioridad estratégica nuclear moscovita evidenciada en la Crisis de los Cohetes, sume al Partido Comunista en una larga riña intestina y en una contracción de su política exterior hacia la masa continental de Europa, quedando Cuba como el único saliente de interés para Moscú. Los soviéticos se enfrascan, además, en una biliosa querrela con China, que desgarrará el movimiento comunista internacional. La URSS, Cuba y China desplegarían en el tercer mundo un esfuerzo político y de penetración superior a la de los países Occidentales. China comienza a agitarse en África con mayor acierto que la URSS, buscando también una alianza con Castro. Pero este no se pasa

al campo chino, como muchos esperan, aún cuando América Latina entra en desacuerdo con la política oficial de algunos miembros del campo soviético y partidos comunistas locales.

Castro decide mantener, pese a todo, su cruzada mundial guerrillera, por necesidades internas de poder y como su carta más valiosa ante el grupo de Jruschov, molesto con el boceto guerrillero de Castro y receloso de que los chinos se aprovechen del mismo e incrementen sus simpatías dentro de la élite cubana y del mundo afroasiático. Pero Castro cuenta con poderosos aliados dentro de la nomenclatura soviética; el grupo anti-Jruschov, encabezada por la sombra glacial de Suslov, Ponomarev, y de Alexander Nikolayevich Shelepin, santifican la promoción cubana de revoluciones en el tercer mundo. Castro determinó alimentar sus lazos con Moscú, ante los chascos en la arena internacional y el escollo de enfrentar una sangrienta y vasta lucha armada en su contra en todo el interior del país. Los alzamientos armados de El Escambray, de campesinos y de excastristas en desacuerdo con el giro comunista del país, será la contienda de mayores proporciones que conocerá Cuba en este siglo; confrontación bélica silenciada para el exterior.

El segundo viaje de Castro a la URSS, en enero de 1964, tiene lugar en el momento más intenso del conflicto intestino del Kremlin alrededor de la figura de Jruschov. En el complot que llevó a su defenestración fue decisiva la participación de Alexander Nikolayevich Shelepin, amigo del Che Guevara y Yuri Andropov (el carnicero de Budapest) por la KGB. La política exterior de Castro resultará un elemento de confrontación en esta contienda interior soviética. La inminente caída de Jruschov precipita la posición cubana contra China y permite que Castro logre extraer de los soviéticos sustanciales ventajas económicas, asistencia militar y espacio para su política internacional. Si bien la URSS acepta extender créditos para proveer la economía cubana de la mínima oxigenación, Castro evade entregar su imagen internacional de aparente libertad de movimientos. Así, a propuesta de la dirección soviética, tiene lugar en La Habana, en noviembre de 1964, una reunión reservada de partidos comunistas latinoamericanos.

Capítulo 3 El nuevo Bolívar

Venezuela resultaba ser el país de inestabilidad social por excelencia; su historia se hallaba marcada por más de medio centenar de revoluciones y golpes de estado. Este amplio tajo geográfico sudamericano, paraíso de sol y de flores, flotaba en un mar de petróleo, con vastos depósitos de hierro. El oro negro era procesado en su mayor parte en las paradisíacas isletas de Curazao y Aruba, donde se localizaba la mayor refinería del mundo occidental. Cuando Castro asume el poder en Cuba, los sindicatos venezolanos recién sucumbían al control de los marxistas, que al igual que el de Panamá, se había subordinado siempre a las orientaciones del viejo partido comunista de Cuba. La mano de Blas Roca, el jerarca marxista cubano, había resuelto el viejo faccionalismo comunista venezolano, eligiendo una troika compuesta por Juan Bautista Fuenmayor, Gustavo Machado y Pedro Ortega.

La victoria de Castro estremeció la tierra de Bolívar. La juventud social demócrata y comunista, aburrída de las consignas y discursos vacíos de sus políticos, bien pronto abrazó el castrismo. Entre los más descollantes en sus inicios figuraban el exoficial Douglas Bravo, Eloy Torres y Teodoro Petkoff; este último se había destacado en el conflicto contra la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez. La visita de Castro a Caracas en 1959, que provocó un cisma político en ese país, se produjo en el momento de máximo auge carismático del entonces hombre fuerte venezolano, de franca tendencia izquierdista, Wolfgang Larrazabal. Los grupos democráticos inclinados a un quehacer reformista, encabezados por Rómulo Betancourt, un político astuto de conciencia reflexiva, se vieron arrinconados ante la nueva ola de revolución total a lo Castro.

Pero, el pueblo venezolano optó por las urnas, y el triunfo electoral de Betancourt, con un programa enfilado a la clase media, fue un revés para Castro que sabía que Betancourt no sería un aliado contundente en su campaña antinorteamericana. Así y todo, Castro no cede, y continúa esforzándose en cimentar un eje político con Venezuela en contra de Estados Unidos que Betancourt rechaza, junto a un pedido de \$300 millones para la compra de petróleo; el caraqueño se sacude del cubano argumentándole que sus colaboradores estaban conversando con banqueros en Nueva York para contratar un empréstito a corto plazo de \$200 millones, porque el tesoro público estaba exhausto y desfalcado³⁷.

Después de la frustrada turné de Castro a Caracas, Betancourt denegó las visas a una misión oficial, que remitía el mandatario cubano, encabezada por el Che Guevara y Raúl Castro. Dos desaires consecutivos no hacen desistir a Castro en sus propósitos y en mayo de 1960, propone nuevamente la alianza; así, fleta al entonces presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós con el mandato de intercambiar azúcar por petróleo y cristalizar una política ligada que aislase a

los Estados Unidos del sistema interamericano. Oscuras nubes se ciernen sobre el húmedo trópico venezolano. Con el revés de la comisión, Dorticós culmina la luna de miel gestada en La Habana la cual se precipita a financiar, con todas sus fuerzas, los grupos procastristas opositores a Betancourt, que merodeaban en la tierra del Orinoco. Castro contaba a la sazón con dos baluartes en Venezuela, el Partido Comunista y la mafia de activistas juveniles, reunidos en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

LA LUCHA CLANDESTINA

Los cubanos iniciaron un amplio esquema de captación en las universidades y en el ejército. El aparato cubano invadió con propaganda las instituciones oficiales y universitarias, desatando una campaña paralela que fue abrazada por la juventud, donde se exhibía a la llamada izquierda tradicional del continente (Figueres, Bosch, Muñoz Marín, Arévalo, Víctor Raúl Haya de la Torre, Cárdenas, etcétera) como un obstáculo que frenaba el inevitable proceso de cambios. El reciente ejemplo en Perú, donde el joven Luis de la Puente Uceda, con gran explosión de gloria había cortado sus lazos con el partido de Haya de la Torre y se había internado en las selvas bajo el grito de guerra lanzado en La Habana, tuvo resonancia en Venezuela; tanto, que la izquierda optó por retirarse del gobierno suscitando una crisis en el gabinete de Betancourt.

La consolidación del eje Habana-Moscú preocupó sobremanera a Betancourt, que se sabía enemigo público número uno de Castro. Luego de una recepción de Raúl Castro en la URSS, se decide la convocatoria de un congreso de juventudes latinoamericanas en La Habana, para unificar fuerzas radicales continentales y dar al traste con el gobierno caraqueño. Comenzaron las tensiones Caracas-La Habana y la expulsión de agentes cubanos, detención de conspiradores, incautación de alijos de armas. A mediados de 1960, se trasladó a La Habana un extraño grupo, para ser instruido en acciones clandestinas comando, integrado, entre otros, por Simón Mérida, dirigente del MIR, la actriz Astrid Fisher y el libanés Miguel Tanus.

En julio, es desenmascarado el proyecto cubano que trataba de crear dificultades a la Iglesia venezolana, para precipitarla al ruedo político. Los detenidos por el asalto a la catedral de Caracas, confesaron que el gobierno de Castro era el instigador de los hechos. El 26 de julio de 1960, el diplomático cubano, Guillermo León Antich, encabezó una manifestación en Caracas. La Catedral fue apedreada y las estupefactas autoridades caraqueñas pudieron comprobar quién había sido el autor de estos disturbios. El 24 de agosto,

descubren a León Antich, con las manos en la masa, cuando entregaba \$400 000 a elementos de la oposición para fomentar una revuelta contra Betancourt³⁸.

Ello no fue óbice para que Castro decidiera continuar con sus rocambolescos escándalos contra Betancourt. En noviembre, la policía venezolana, en una ronda de rutina, detiene nada menos que a dos miembros de la inteligencia cubana, Francisco Chacón y Natalio Pernas, en plena faena subversiva dentro del país. En diciembre, cunde la alarma en la administración Betancourt, cuando la vigilante atención de la seguridad venezolana da con un cuantioso cargamento de armas, originario de Cuba, introducido por varios puntos de las llanuras costeras venezolana y por un aeródromo abandonado.

La consolidación de los vínculos de Cuba con los focos comunistas y radicales venezolanos se fortalecían a través de su poderosa embajada en Caracas, nutrida de agentes especiales que manipulaban capillas estudiantiles, sostenían periódicos y servían de enlace con el Partido Comunista, el MIR y con las flamantes guerrillas. El 11 de enero de 1961, en plena Sierra Maestra³⁹, Castro consumó una reunión confidencial con un conglomerado de dirigentes latinoamericanos, para analizar la forma de precipitar una cruzada bélica en todo el continente, partiendo de un foco venezolano. El juicio de Castro consistía en alistar una brigada internacional, al estilo de la que se instituyó en la guerra civil española.

El conjunto era una mezcla de guatemaltecos, guadalupeños, sindicalistas paraguayos y demás, despuntando entre ellos los comunistas colombianos Tancredo Errante y Luis Sánchez, el costarricense Carlos Luis Falla, que había conducido la guerra en 1948 contra el expresidente Figueres, y un nutrido grupo de venezolanos, entre ellos Simón Mérida y Manuel Marcano. Un voluminoso contingente de latinoamericanos formó el famoso Batallón-331 de milicias al mando del guerrillero cubano Dermidio Escalona, que participó en los combates de Bahía de Cochinos⁴⁰ y en la batida contra los grupos armados anticastristas en la Sierra del Escambray⁴¹.

Castro decide desatar su flamante plan «Camilo Cienfuegos» en Venezuela. En abril de 1961, el país se estremece ante los pronunciamientos en las unidades militares en Caracas, Maracaibo y Cumaná, los cuales son aplastados sangrientamente. El papel de la embajada cubana en estos disturbios salió rápidamente a la luz. Para colmo, en junio de ese año, las fuerzas de seguridad venezolana incautan un voluminoso cargamento de ametralladoras de manufactura checoslovaca, enviado tranquilamente desde Cuba, por vía aérea, al estado Zulia. En noviembre, el gobierno de Betancourt, mostrando a la prensa internacional innumerables pruebas de la injerencia directa de Castro

en la desestabilización del país, rompe relaciones diplomáticas con Cuba, con el propósito además de terminar con la labor de espionaje cubana. Ya en 1962, el PC de Venezuela, prácticamente bajo tutela de La Habana, había propuesto la idea de la insurrección armada.

En momentos que se debatía en un asfixiante duelo económico con Estados Unidos, y entraba en una relación peligrosa con la URSS, Castro necesita una Venezuela marxista a ultranza, que le propicie la ayuda petrolera requerida y la posibilidad de negar estas cuencas de hidrocarburos a Washington. Para ello, había llegado a un pacto oculto de no agresión con el dictador dominicano Trujillo, acuerdo que fue negociado en La Habana por el general trujillista Arturo Espaillat. Trujillo y Castro recién habían sido expulsados de la OEA, y la prensa oficial dominicana tronaba contra el «imperialismo norteamericano» y comenzaba a coquetear con un ideario socialista a la cubana. Betancourt se hallaba al corriente de esta alianza, que prometía ser problemática para su gobierno.

El socorro de Cuba a la insurrección en Venezuela se guiaba especialmente hacia el llamado Frente «Chirinos» que dirigían Fabricio Ojeda, Petkoff y el exoficial Bravo. Existían otros focos guerrilleros, como el liderado por Juan Vicente Cabezas y el llamado «Simón Bolívar», encabezado por Tirso Pinto y Germán Lairé. Castro recurre nuevamente al golpe militar, quizás ojeando que una lucha guerrillera en Venezuela no solo tomaría largo tiempo, sino que era de dudoso resultado. Así fue cómo en mayo de 1962 se originaron los alzamientos castrenses en las bases de Carúpano, y luego en Puerto Cabello, dirigidos por elementos que respondían a Cuba, como Petkoff; pero nuevamente, ambas intentonas fueron aplastadas violentamente. Si bien La Habana había logrado desatar la insurrección en Venezuela y se sucedían alzamientos, ataques contra cuarteles, sabotajes, asaltos, etc., los insurrectos procastristas pensaban en una victoria guerrillera relámpago al estilo de Cuba; pero el ejército no les daba tregua e impedía la extensión del foco en otras latitudes del territorio nacional.

En octubre de ese año, cayó en manos de las autoridades de Betancourt la prueba que Castro en persona había ordenado volar cuatro centrales eléctricas en el lago Maracaibo. A pesar de que la policía y las fuerzas armadas venezolanas estaban alertas, el 3 de noviembre, un comando venezolano preparado en Cuba, logra dinamitar dos oleoductos y un gasoducto en pleno puerto de La Cruz. En enero de 1963, Betancourt le devuelve el golpe a Fidel con creces, al ser descubierto en Caracas el principal almacén de armas que Cuba disponía para los insurrectos venezolanos, así como una documentación comprometedoras no solo para La Habana, sino para las guerrillas y las redes

urbanas clandestinas, lo que desató una recia batida de la tropa contra los rebeldes castristas en la zona de Falcón.

Ante los golpes de las fuerzas armadas de Betancourt, Castro determinó unificar los divergentes frentes guerrilleros venezolanos en un mando central y comprometer secretamente al bloque soviético en tal insurrección. A mediados de 1963 se conforma el Frente de Liberación Nacional con sostén de Cuba y logística recibida, en menor escala, de China y la URSS. Era la época en que Ojeda, sumo pontífice de las FALN, Juan Vicente Cabeza, del Partido Comunista, Petkoff y Gregorio Luna Márquez se destacan como los máximos caciques insurrectos.

El 25 de mayo de 1963, con un intento de asalto al aeropuerto de *La Carlota*, se inició un vasto proceso terrorista para festejar la fecha del 26 de Julio en el que fueron volados puentes mientras grupos guerrilleros atacaban poblaciones y se producían disturbios. En agosto fueron dinamitados el gasoducto de Arrecifes y el oleoducto de Ulcamay; se ocuparon armas, propaganda y un detallado plan cubano contra la vida de los presidentes de Venezuela y Colombia. En Falcón, fue sorprendido un agente cubano, José Alfonso, que dirigía un grupo terrorista. Anzoátegui, las fábricas *Dupont*, los almacenes *Sears* y otras propiedades norteamericanas fueron los próximos asaltos⁴².

LA DERROTA

Pero la guerrilla comienza a confrontar una amarga realidad al no ver materializado el concurso del pueblo, por lo que a Castro no le queda más remedio que realizar constantes transfusiones de hombres y armas. El 4 de noviembre, el ejército de Venezuela sorprende un desembarco oriundo de Cuba, en la península de Paraguaná, donde se decomisó un alijo bélico de 3 toneladas. Semanas después, en varios encontronazos con los guerrilleros, se ocuparon armas de manufactura belga, con el escudo cubano. A fines de ese mes, en un lacónico discurso, el presidente Betancourt anunció que disponía de pruebas tan abrumadoras de la promoción de la violencia urbana y guerrillera por Castro, que solo restaba a su país solicitar una reunión de emergencia de todos los países del continente americano para analizar las medidas a tomar, colectivamente, ante la constante violación de la soberanía venezolana por parte de La Habana. Las elecciones a finales de ese año, con el voto masivo popular y la victoria de Raúl Leoni, un protegido de Betancourt, demostraron el grado de aislamiento de la lucha armada y la incapacidad de Castro de sabotear el proceso democrático en Venezuela.

La consolidación democrática caraqueña había irritado a Castro y había desconcertado a la guerrilla y al PC venezolano. Por lo tanto, era de esperar la desgarradura que se provocó entre la militancia ortodoxa, encabezada por Pompeyo Márquez, Jesús Farías y Alberto Rangel, y los jefes guerrilleros procastristas, que aspiraban en ese momento a dirigir la organización política. La tensión entre Caracas y La Habana amenazaba con llegar incluso a un choque bélico; Betancourt fortalecía su tropa, pero Castro era armado por el bloque soviético a niveles insospechables. Ante cada protesta venezolana, los cubanos respondían con una acción. El año 1964 se demostró políticamente desfavorable para Castro en todo el hemisferio y se aguardaba que Cuba, ante la presión de todo el continente, desistiera de sus intentos intervencionistas. En enero de ese año, una pequeña flotilla de ocho pesqueros zarpó del puerto de La Habana, con banderas cubana y soviética, y vació armas no solo en la Guyana británica y las islas Mujeres (que fueron luego portadas por las guerrillas venezolanas) sino igualmente en las costas de ese país⁴³.

En febrero de 1964 la OEA condenó al régimen de Castro en el caso de Venezuela, documentando las masivas remesas de propaganda subversiva, preparativos de guerrilleros y terroristas, costeo de actividades subversivas, introducción de pertrechos bélicos y la infiltración de espías cubanos. En mayo, el PC venezolano comienza a romper su cordón umbilical con la insurrección, mostrando interés por iniciar un diálogo con el gobierno, respaldado por algunos partidos comunistas latinoamericanos que no hacían causa común con el fovismo castrista. La renuncia del ala ortodoxa comunista a la maquinación guerrillera, ratificada en el año 1965, suscitó una reacción virulenta de aquellos comunistas insurrectos, que como Bravo, estaban patrocinados desde La Habana. Esta ambivalencia del PC venezolano repercutió en las posiciones que Castro y el Che Guevara asumieron poco después en Bolivia, no confiando en el Partido Comunista boliviano de Mario Monje para fomentar el foco guerrillero. Castro determinó arrogarse una mayor responsabilidad logística en la guerrilla venezolana y a tal efecto amarró los pormenores con Bravo y Ojeda. El primer fruto sería el desembarco combinado de cubanos y venezolanos en julio de 1965, con participación de Petkoff que auxiliado por un asalto terrorista haría estallar valiosos oleoductos de la *Gulf Oil*, *Mobil Oil*, *Texas Petroleum* y la *Socony Oil* en la región oriental del país.

El gobierno replicó ordenando el arresto de todos los miembros del Partido Comunista y del MIR. En agosto, la seguridad venezolana consiguió desarticular un amplio diseño conspirativo, que los cubanos conducían desde París, al detener a Silvia Agüero y Elsa Braun, sus contactos claves en Venezuela. En marzo de 1967 se produjo el asesinato del doctor Julio Iribarren, hermano del canciller venezolano, por un comando que sostenía

relaciones directas con La Habana. Luego de cometido el crimen, el diario habanero *Granma* publicó las declaraciones del jefe guerrillero de las FALN, Elías Manuitt Camero, cuya organización se arrogaba la acción. El presidente Leoni expuso que la preparación del asesinato y de otros actos de violencia que le antecedieron se realizó con el consentimiento del gobierno de Cuba⁴⁴.

El ministro del interior de Venezuela, y luego presidente, Carlos Andrés Pérez declaró que la responsabilidad de toda esta situación la tenía Castro, con sus métodos en Venezuela; y anunciaba que era hora de que Venezuela y todos los países latinoamericanos se decidieran a hacer algo frente a Cuba⁴⁵. Héctor Mujica *capo* del PC Venezolano condenó enérgicamente el crimen del doctor Iribarren y criticó la política cubana⁴⁶. El punto prominente de la controversia entre Castro y los comunistas venezolanos tradicionales tuvo lugar en los momentos de la gran euforia habanera, resultado de las operaciones guerrilleras que el Che Guevara estaba desencadenando en Bolivia.

El 8 de mayo de 1967, el buque cubano *Sierra Maestra* zarpó del puerto de Santiago de Cuba descargando un dispositivo guerrillero en las ensenadas de Venezuela, en un lugar entre Machurrucutú y Jinarapo. La fuerza invasora cubana fue descubierta y aniquilada por unidades del ejército. En la pelea fueron hechos prisioneros los militares cubanos Antonio Briones Montoto, Manuel Gil y Pedro Cabrera, quien se suicidó en la prisión. Montoto pereció ahogado a manos de sus interrogadores, cuando era torturado. El gobierno venezolano acabó con lo que restaba de la infraestructura urbana de la guerrilla.

La tensión entre los estalinistas y castristas venezolanos fue un reflejo de las disparidades tácticas entre Moscú y La Habana referente a la toma del poder político. Castro acusó de traición a los comunistas venezolanos al no querer asistir a la reunión de la OLAS en La Habana. El descalabro del foco guerrillero en África y en Bolivia y la invasión de Estados Unidos a República Dominicana determinaron la suerte de los insurrectos venezolanos. Castro comenzó a asumir una actitud internacional menos estridente y más condicionada por el Kremlin. Su aprobación a la invasión soviética en Checoslovaquia provocó el cisma definitivo con los guerrilleros latinoamericanos; y tanto el proyecto de Caamaño en República Dominicana como el de los rebeldes de Bravo fueron engavetados.

En junio de 1967, prestó declaración ante una comisión especial de la OEA el venezolano Marcano, quien daría pormenores de la subversión cubana en Venezuela. Marcano, entrenado por los servicios secretos cubanos, participó en numerosos actos de sabotaje y terrorismo contra su país⁴⁷. Según Marcano, Castro organizó dentro del ejército cubano, en los años 1960-1962, una unidad

venezolana que participó en las operaciones en las lomas del Escambray contra los opositores de Castro. Los venezolanos, junto a otros latinoamericanos tomaron cursos en las escuelas de guerra cubanas. Marcano atestiguó que Castro en persona les expresó que era decisivo golpear en la zona de Maracaibo donde se hallaban los más grandes oleoductos, para crear dificultades al gobierno; asimismo, que era imprescindible volar los transportes de abastecimientos para dar la sensación de una situación incontrolable en el país. Marcano fue elegido para coordinar en Europa y América los corredores clandestinos insurreccionales.

En marzo de 1964, Marcano salió de Cuba con pasaporte falso a nombre de José Escobar, por la vía de Gander con destino a Praga, donde fue recibido por una checa (con el seudónimo de María), que había trabajado por muchos años en la embajada de ese país en Uruguay. María sustituyó el pasaporte cubano de Marcano por uno boliviano. Marcano debía crear corredores en la frontera colombo-venezolana, porque los de Pompeyo Márquez estaban vetados. Los cubanos le organizaron un recorrido Praga-Roma, para crearle una leyenda; luego visita Turín, como exalumno salesiano, donde se hace de una carta que le posibilita visitar el Vaticano para solicitar unas indulgencias que debían ser consignadas al hotel *Torquemada*.

Siguiendo el plan cubano, Marcano fue a Madrid donde tomaría un vuelo Nueva York-Perú, ingresando luego como boliviano en La Paz. De Bolivia, Marcano pasó a Colombia, donde hizo contacto con una red de espionaje cubana administrada por el arquitecto Luis Espinosa y por el veterinario español comunista Paulino García, director del diario *España Democrática*. De regreso, emergió en México y de allí a La Habana. Meses después, Marcano fue designado para llevar a cabo otra encomienda cubana, coordinada con el secretario general del MIR venezolano, Américo Martín. Marcano volvió a utilizar la misma ruta, acompañado de Stefan Nube Adler y de los secuestradores del Anzoátegui. De Praga pasó a Londres, hizo un corredor entre Ámsterdam y la capital británica, se desplazó luego a Jamaica, donde mediante soborno adquirió una visa colombiana. En Colombia, y siguiendo instrucciones de los cubanos, Marcano se puso en contacto con el contrabandista Luis Pérez Lupe, que tenía en sus manos casi todo el comercio ilícito de mercancías, armas y drogas en la costa atlántica. Luis Pérez aceptó trabajar para La Habana y propuso hacer un puente desde Aruba a las costas venezolanas, con el lancharo de bandera venezolana Nelson Sosa, que debía mover un fardaje de hombres y armas.

Luego de esto, Marcano entró en Venezuela por Maicao, empleando el famoso *camino verde* sugerido por la inteligencia cubana, y que era transitado por gente de toda calaña: contrabandistas, ladrones, traficantes de drogas y

tratantes de blancas. Allí, Marcano alcanzó a instalar el primer equipo de comunicación con Cuba, en la zona del estado Miranda, con la artista Astrid Fisher. Sin embargo la operación fue paralizada porque los soviéticos, que auxiliaban estas comunicaciones, notificaron que la CIA las había detectado. Marcano señaló que para la fecha los cubanos habían constituido a lo largo de todo el Pacífico el coro marxista Espartaco, compuesto de chilenos y peruanos. Asimismo, detalló cómo La Habana había establecido grupos en Ecuador, Brasil y Bolivia.

A principios de 1965, los cubanos citaron en París a su agente venezolano. Piñeiro, jefe del espionaje castrista, le enviaba dinero e instrucciones para ampliar un aparato embrión de servicios secretos, ajeno al Partido Comunista, que pudiese controlar toda la frontera venezolana tras la toma del poder. Marcano destacó que los cubanos ferían armas en el mercado negro que fluye del Amazonas hacia Manaos y que en esa región existía una fábrica clandestina de armamentos, donde incluso ensamblaban ametralladoras. Señaló que en la faja venezolana de Garabato, los cubanos colocaron una minifábrica de armamentos que luego fue descubierta por el gobierno venezolano.

El corredor de Aruba, utilizado a fondo por la Habana y controlado por Marcano, funcionó a la perfección. Por allí se evadió en un barco bananero el dirigente del MIR, Américo Martín, con rumbo al *Point Charlie* inglés en Berlín. Otro importante corredor clandestino creado por La Habana fue el de la costa atlántica colombiana, empleando patanas francesas que trabajaban en los bananeros de Santa Marta, las cuales podían trasladar hasta diez personas y hacer un recorrido directo hasta Hamburgo; de allí, los infiltrados viajaban a Frankfurt, con una cobertura turística, para luego trasladarse a Berlín. Los cubanos aprovecharon que el *Point Charlie* inglés en el Berlín Occidental era escasamente inspeccionado; el único requisito resultaba presentar el pasaporte y realizar el cambio de marcos federales por los de Alemania Oriental. Una vez en el Este, se utilizaba a la embajada Checoslovaca para obtener una visa a Praga y de allí volar a La Habana.

En 1966, Marcano fue designado oficial de información de la inteligencia cubana para ejercer su labor en el dispositivo internacional de espionaje cubano hacia América Latina. Se le instruyó que reclutara diplomáticos venezolanos en el exterior y fue puesto a cargo de una red que no solo cubrió Venezuela, sino también a Chile y otros países del sur. En octubre de ese año, viajó a Méjico donde recibió de manos del agente cubano Reginaldo Cepeda, claves de comunicación secreta creadas por los soviéticos; documentación falsa para entrar en Venezuela e infiltrarse en los medios oficiales, para conseguir cartas tácticas de las costas venezolanas, como lugares estratégicos,

EDITORIAL HYPERMEDIA

Infanta Mercedes 27. 28020 — Madrid
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com
+34 91 220 34 72

bases del ejército y puntos militarmente vulnerables. En su deposición, Marcano manifestó que en Méjico suministró dinero al periodista Menéndez, de la revista *Sucesos*, por varios reportajes favorables a La Habana y reveló cómo los cubanos costeaban la revista *Política*, así como un conjunto de publicaciones en Francia.

El último viaje de contacto de Marcano, para consultar con sus patrones, resultó una odisea y tuvo que trasladarse con rapidez de Madrid a París y de allí precipitadamente hacia Berlín, debido al acoso que los servicios occidentales mantenían sobre los agentes cubanos. En Praga, finalmente pudo entrevistarse con sus superiores de la DGI que le entregaron \$250 000, dinero que Martín, del MIR había solicitado a Castro. Este dinero había sido adjudicado a otra organización armada, el FLN, perteneciente al Partido Comunista; Castro, además, se comprometió con regularizar al MIR una ayuda de \$25 000 mensuales.

Marcano aceptó una encomienda directa de Castro de transmitir a los insurrectos en Venezuela de no recabar fondos en ningún país socialista europeo, puesto que Cuba resolvería cualquier necesidad financiera. Los servicios cubanos le exigieron que secuestrara al cabecilla de la contrarrevolución cubana exilada, Manuel Artime, que iba a menudo a Venezuela, y que lo trasladara a la guerrilla de El Bachiller para «ablandarlo» y luego transportarlo a la isla Margarita, y de ahí a Cuba bajo la acción de sedantes. Castro le solicitó igualmente que su dispositivo de inteligencia penetrara a los militares venezolanos que participaban en la Junta Latinoamericana de Defensa. No obstante sus intentos, la subversión guerrillera castrista en Venezuela, si bien fue la de mayor envergadura en el Continente, no logró sus fines y el país, a partir de Betancourt, prosiguió por una vía electoralista.